

SANTIAGO RUSIÑOL y G. MARTÍNEZ SIERRA

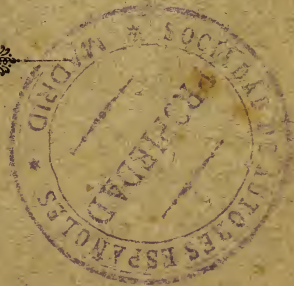
11902

20
1907

VIDA Y DULZURA

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



Copyright, by Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907



VIDA Y DULZURA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

VIDA Y DULZURA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

SANTIAGO RUSIÑOL y G. MARTÍNEZ SIERRA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
15 de Enero de 1907



MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

JULIA (28 años).....	SRA. PINO.
MARCELA, hija de Don Tomás (20 íd.).....	SRTA. ORIA.
DOÑA GERTRUDIS, esposa de Don Tomás (50 íd.).....	SRA. QUIJADA.
ENGRACIA (50 íd.).....	SRTA. BRÚ.
UNA DONCELLA (25 íd.)... .	DELGADO.
SEÑORITA 1. ^a	PÉREZ DE VARGAS.
IDEM 2. ^a	BENITO.
IDEM 3. ^a	BLANCO.
IDEM 4. ^a	ADARVE.
DON TOMÁS (55 íd.).....	SR. RAMIREZ.
ENRIQUE (25 íd.).....	CATALÁ.
PLINIO, hijo de Don Tomás (22 íd.).....	CALVO.
DOCTOR DALMAU (30 íd.)...	MENDIGUCHÍA.
DON PASCUAL (60 íd.).....	VIGO.
DON SEVERO (50 íd.)	GONZÁI.VEZ.
CANÓNIGO MAGISTRAL (50 ídem).....	GARCÍA LEONARDO.
DON GUMERSINDO (60 íd.)..	ALONSO.
JOVEN 1. ^o	AGUIRRE.
IDEM 2. ^o	ÁCUÑA.
IDEM 3. ^o	SALA.
IDEM 4. ^o	VICO (G.)



sillon de cuero y otro de paja

ACTO PRIMERO ³

en la
Papete silla izquierda aparador
3 taras tila y café
en la mesa

El comedor en casa de don Tomás, catedrático en una capital de provincia. Ambiente de sencillez clásica. Montones de libros por todas partes. Cuadros con mariposas y coleópteros por las paredes. Varios mapas geológicos y geográficos. A un lado, la mesa á medio quitar; se nota que acaban de comer. Libros y revistas entre los platos. Al fondo, el aparador y una puerta. Otras puertas á derecha é izquierda.

Gran libro y Planas - S. Russell y Savage

ESCENA PRIMERA

Ha traído la cafetera

DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, PLINIO, MARCELA y ENGRACIA
Plinio y don Tomás toman tila sentados á la mesa y tienen sendos libros en las manos. Doña Gertrudis, un poco más allá, toma también tila y lee. Marcela esta sentada al otro lado. Engracia tiene en la mano la cafetera

ENG. ¿Un poco más de tila, señor?
TOM. No, gracias.
ENG. Vamos, que no le sentará á usted mal.
TOM. No, no. Tomar tila con intemperancia es un vicio como otro cualquiera.
PLINIO Es verdad. Puede uno convertirse en tilo-
mano.
MAR. (Levantándose.) Papá, ¿quiere usted que le ponga un almohadón?
TOM. No, gracias.
MAR. ¿Es que hoy no quiere usted dormir la siesta?

- TOM. La vida, hija mía, ya es por sí una siesta. Una siesta triste, para esperar el sueño definitivo.
- GERT. ¡Una siesta triste! ¡Ya pareció aquello! Me parece que no tienes motivos para quejarte. ¿Hay ningún catedrático, ni de provincias ni de los otros, que tenga un hogar como el tuyo? No lo digo por alabarnos, pero tienes una familia que te trae en palmitas.
- MAR. (Con sorna.) Académicas.
- TOM. Ya sé que tengo muchas ventajas. Ya sé que tengo una esposa moral; porque tú lo eres en alto grado, Gertrudis. Ya sé que tengo un hijo con ideas propias...
- PLINIO Deterministas.
- TOM. Con ideas deterministas.
- GERT. Y que es naturalista.
- TOM. Ya sé que tengo una hija reflexiva, joven, espontánea. Que poseo lo que se es, lo que se tiene y bastante de lo que se representa, más el perfecto dominio de mi *yo*. Pero ya que he adoptado el pesimismo que nos exige verlo todo fúnebre, ¿he de cambiar de escuela filosófica y ponerme á tocar las castañuelas por cuatro satisfaccioncillas domésticas?
- GERT. Y el ser, como eres, catedrático de una ciudad importante, ¿no es una gran satisfacción?
- MAR. Puede que la ciudad sea importante, pero á papá y á mí no nos gusta. El la encuentra triste, y yo, aburrida.
- PLINIO Papá tiene que encontrarla triste porque la escuela filosófica á que pertenece, le obliga á ello; pero tú todavía no tienes escuela determinada. Esta es una ciudad moral. Una ciudad tipo. Una ciudad pensadora.
- GERT. E histórica. Tiene murallas romanas que no se encuentran en cualquier parte. ¡Van escaseando mucho las murallas! Tiene señales evidentes de un circo. Templo románico, ventanas góticas, y otras muchas maravillas que de seguro podrían encontrarse, derribando las casas.

MAR. ¡Pero como yo no las voy á derribar!
GERT. ¡Y, además, en punto á diversiones, no sé de qué puedes quejarte! La música del regimiento de Pamplona toca todos los jueves por la tarde en el kiosco modernista. ¡Y qué piezas! ¡Y qué modo de tocarlas! Lo más clásico que se le puede pedir á una música de regimiento.

MAR. Sí; la *matchisse*.

GERT. Después tenemos el paseo, con sillas y todo. ¿También el paseo te parece aburrido? Y el mercado, y la carretera. Y las reuniones de la marquesa, á las cuales asiste hasta el Gobernador, con su secretario; ¡un muchacho tan fino! ¿Tampoco te parecen bien esas reuniones?

MAR. ¡Como no vamos nunca!

GERT. No vamos porque no somos gentes frívolas. A tu edad, para que lo sepas, yo no había visto el mundo más que á través de los libros.

PLINIO Y yo no le he visto todavía, ni ganas.

TOM. Pues yo, que le he visto demasiado, puedo asegurarte que el mundo es una bajeza, un manicomio, un centro de corrupciones. Menos mal que esta casa es uno de los lugares menos pervertidos.

MAR. Pues á mí me gustaría mucho ir á Madrid. Tía Julia me ha prometido que si viene á pasar unos días aquí, me llevará con ella, si me dejan ustedes. Y quiero ir á Madrid.

PLINIO ¿Vamos á tener aquí en casa á tía Julia?

GERT. Claro que lá tendremos, si viene, como ha dicho. Es toda una mujer. Sentido moral, seriedad, conocimientos, lenguas vivas... Tiene una cultura vastísima. No es que yo la haya tratado mucho, pero estando casada con mi hermano, publicista y autor dramático, por fuerza ha de ser una mujer intachable.

PLINIO Yo no la dejaría venir. Las mujeres son una calamidad.

GERT. Hay algunas...

PLINIO Todas. Son espíritus patógenos.

- TOM. A mí tampoco me hacen mucha gracia.
PLINIO Como á nadie que tenga cerebro.
TOM. (A Gertrudis.) A tí te estimo por excepción. Primero, porque estamos ligados por vínculos... de simpatía, y después, porque tú eres tú, y eres menos mujer que las demás. Eres lo menos mujer posible.
- GERT. Te digo que hay ejemplos de mujeres...
PLINIO Bueno; no hablemos de cosas ínfimas. ¿Quién va á venir esta tarde á nuestras lecturas del sábado?
- TOM. Poco más ó menos, los de siempre. Don Severo, el catedrático de retórica, que ha escrito una obra muy nutrida sobre la influencia de las Cruzadas; dos tomos de seiscientas páginas...
- MAR. ¿Y las va á leer todas?
TOM. Hoy sólo unas ciento. Después, don Gúmersindo, que ha encontrado unos documentos inéditos, y también nos los dará á conocer. El señor canónigo magistral, que continuará el folleto sobre el modo de combatir las pasiones.
- MAR. Eso sí que...
TOM. Tu madre, que continuará la lectura de su ensayo, yo la del mío, y don Pascual, que escuchará.
- MAR. ¿Y no va á leer nadie más?
TOM. ¡Ah! También vendrá el doctor Dalmau; pero ese hoy no viene á leer. (A Marcela.) De sobra sabes tú á qué viene.
- MAR. Pues por mí ya se puede volver á marchar; ya les he dicho á ustedes que no le quierc.
- GERT. ¿Cómo se entiende eso de no le quiero? Un muchacho en lo mejor de la edad, treinta años, todo un hombre, con una cabeza excepcional, doctor, y no de esos que curan enfermos, sino de los de laboratorio. Si le haces ascos á un sabio así, tendremos que casarte con Aristóteles.
- MAR. Si no le hago ascos. Pero no me gusta. Es feo.
- PLINIO ¡Vaya un defecto!

- GERT. Ya te gustará cuando te cases, niña. Los encantos físicos pasan con el tiempo. Lo que hay que buscar es la altura moral, la ética, la ciencia. ¿Te figuras que me gustaba á mí tu padre el día que me casé con él?
- TOM. ¡Qué le había de gustar!
- GERT. Si le hubiese mirado como hombre, todavía estaría soltera. Como á él todo se le puede decir, te diré que era un poco raquítico, flaco y no muy bien proporcionado; pero yo, en el fondo de la mala figura, supe adivinar al sabio, al espíritu sereno y reposado, la cabeza pensadora; él, en una palabra.
- TOM. A mí me sucedió lo mismo con tu madre. También la adiviné pensadora; mucho más pensadora que bonita.
- GERT. Tal vez exageras un poco.
- TOM. No, de bonita no abusabas, Gertrudis.
- MAR. Pues yo, para mí, quiero un hombre guapo.
- PLINIO. Un hombre simpático, querrás decir.
- MAR. Quiero decir un hombre, un hombre de veras.
- PLINIO. ¿Qué sabes tú de la especie humana?
- MAR. ¡Más que tú!
- GERT. ¡Niños!
- PLINIO. ¡Ni de eso ni de nada! Con tu poco amor al estudio, si no te hubiésemos obligado á estudiar, serías analfabeta.
- TOM. ¡Hombre, no tanto!
- PLINIO. Más que analfabeta, antropófila. No sabes hablar más que de amor, de sentimientos y de bestialidades por el estilo.
- MAR. ¿Al amor le llamas bestialidad?
- TOM. No tanto, Plinio, no tanto como dices. Algo de razón tienes, pero no tanto; por más que algunos sabios así lo digan.
- MAR. Viejos deben de ser los tales sabios.
- TOM. Los hay viejos y de edad regular. ¿Tú no has leído á Shopenhauer?
- MAR. Sí le he leído, porque ustedes me le han hecho leer.
- TOM. ¿Y sabes cómo define el amor Shopenhauer?
- MAR. No lo sé, ni me importa.

- GERT. ¡Vamos, niña!
- TOM. Pues Shopenhauer dice que el amor no es más que un engaño de la naturaleza para la reproducción de la especie.
- MAR. Bueno, á mí no me vengan ustedes con reproducciones ni con especies. Yo me quiero casar con un hombre joven, joven y guapo. (Va hacia su cuarto.) Si ven ustedes á Shopenhauer, se lo pueden decir de mi parte.

ESCENA II

DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, PLINIO y el DOCTOR DALMAU

- 100*
San Juan de los Rios
- DAL. Buenas tardes. Veo que están ustedes discutiendo. De la discusión brota la luz.
- TOM. Buenas tardes, Dalmau.
- DAL. (Dando la mano á Gertrudis.) ¡Señora! (A Plinio.) ¿Qué hay, colega?
- TOM. Nada. Discutíamos en familia el concepto del amor.
- DAL. Tema anticuado... pero tema. El amor, según dice Haeckel, es un exceso de nutrición.
- TOM. Entonces me tranquilizo.
- DAL. De la nutrición depende el desgaste, quiero decir el desgaste de fuerzas; y cuanto menos desgaste más amor. A, digamos A, conduce las sensaciones á los centros reflejos, que llamaremos B. B, ó sea el centro cerebral consciente, las transmite á la voluntad, y cuando la voluntad está bien nutrida, es cuando los hombres se declaran y están prontos al matrimonio.
- GERT. ¡Qué teoría tan curiosa!
- TOM. ¡Y tan funesta!
- DAL. Acabaron los tiempos en que se hablaba de enamorarse como de una enfermedad del corazón. Hoy, todos lo sabemos de cierto, el corazón no es más que una víscera. El corazón no es nada. Un motor, un repartidor,

una bomba. Las pasiones son cosas del cerebro. Corrientes de vibraciones centrípetas, que se encuentran con las vibraciones centrífugas, y *ergo*: las miradas tristes, los apretones de manos y los ojos en blanco.

TOM. Yo eso del amor lo veo muy negro.

DAL. Es un problema.

TOM. Pero muy negro.

PLINIO Yo estoy estudiando la vacuna, y el día en que encuentre el microbio inocularé el no enamorarse. Ahora he vacunado un mico y estoy casi seguro del resultado.

DAL. ¡Bravo! ¿Y qué síntomas presenta el animal?

PLINIO Está triste.

GERT. Eso es que sigue enamorado.

DAL. Disminúyale usted el alimento y curará.

GERT. ¡Dios mío! ¡Y pensar que en nuestro tiempo no sabían curar el amor más que casándose!

DAL. Ahora también, y no lo desapruuebo. Ya saben ustedes que yo también quiero casarme; más digo; ya saben ustedes que por eso vengo. Hasta que el concepto de la moral cambie, como cambiará de seguro, es preciso formar una familia, ó si me atreviese á decirlo, hay que soportarla.

TOM. Eso es lo que hemos hecho nosotros, soportarnos mutuamente.

DAL. Eso sí, una familia poco numerosa. Las especies inferiores son las que más se reproducen. Tendré dos hijos, uno de cada sexo.

GERT. Lo mismo que nosotros.

DAL. Ya sé que nos entenderemos. Familia como la de ustedes, y no lo digo por alabarles, culta, observadora y sobre todo amena, sería difícil encontrar otra.

GERT. Gracias. Lo que sí puede usted decir es que en esta casa todos pensamos, y la intelectualidad es la alegría. Este con la cátedra, Plinio con el laboratorio y yo escribiendo para las revistas, nunca estamos tristes.

TOM. Yo sí que lo estoy.

GERT. Tú lo estás por la escuela á que perteneces.

- DAL. Y Marcela, ¿qué piensa?
GERT. Marcela piensa como nosotros, la hemos educado con el mejor método. Le gusta la ciencia, el estudio, la experimentación, el análisis; pero, naturalmente, como es joven, todavía se hace ilusiones respecto á la vida.
- DAL. Ya me cuidaré yo de quitárselas.
GERT. Es una niña; le gusta componerse.
DAL. Atavismos.
PLINIO Le gusta divertirse.
DAL. Trabajaré conmigo en el laboratorio.
GERT. Hasta flirtear un poco le gustaría.
DAL. ¡Ay! De eso sí que no tengo tiempo. Lo siento, pero no la podré complacer. Los que nos consagramos á trabajos serios no nos podemos entretener en frivolidades. No.
PLINIO ¡Para entretenimientos estamos!
DAL. Por eso encargué á ustedes que se lo dijese y que resolviesen.
GERT. Ya se lo hemos dicho. Le hemos hablado. Le hemos planteado el problema.
DAL. ¿Y ella...?
GERT. A ella moralmente le gusta usted. Le respeta á usted, le admira, le considera... pero...
DAL. Pero, ¿qué?
GERT. Pero físicamente...
DAL. Ya lo comprendo, me encuentra feo.
TOM. No, feo, no. Le encuentra á usted poco harmónico... de estructura.
DAL. ¡Já, já! Me tranquilizo. La belleza exterior es un espejismo, un deslumbramiento de la mujer. Una ficción del nervio óptico. Yo no seré un hombre para ella, seré un compañero, seré un colega.
PLINIO Naturalmente.
DAL. La convenceré á *posteriori*. En cuanto acabe el último tomo de la obra que estoy escribiendo sobre las células nerviosas, nos casaremos. Quiero entregarle el primer ejemplar como regalo de boda.
TOM. ¿Qué dice usted?
DAL. La mejor joya que puedo darle es el primer ejemplar de mi obra.
TOM. No tengo palabras para decirle á usted

nuestra satisfacción. Desde hoy para nosotros es como si fuera usted un hijo.

PLINIO
DAL.

¡Y qué hijo!

Un hijo que será digno de sus suegros.

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUE

ENR. ¿Se puede pasar?
TOM. Buenas tardes, Enrique. ¿Tú por aquí?
ENR. Yo por aquí. ¿Cómo va, doña Gertrudis? ¿Y usted? (A don Tomás.)
TOM. Yo, fisiológicamente, muy bien; pero la Psicología, como siempre.
ENR. No le entiendo á usted, pero me alegro.
TOM. (Presentando.) El Doctor Dalmau. Enrique, hijo de un amigo mío. Hombre eminente. Personalidad notabilísima. Quiero decir el padre, porque el hijo...
ENR. Sí, el hijo no va para eminencia.
DAL. ¿Se dedica usted á los estudios científicos?
ENR. No señor. Me dedico á vender automóviles para ganar la vida... porque yo no tengo más ciencia que la de ganarme la vida.
TOM. Aquí donde le ve usted ha hecho de todo. Es un nómada, un verdadero nómada.
ENR. Esa palabra es nueva. Cuando era discípulo de usted, no me la dijo usted nunca.
DAL. ¡Ah! El señor es discípulo de usted.
TOM. ¡Calla!
ENR. Sí, señor; de filosofía.
TOM. ¡Que calles te digo! Fué por casualidad.
ENR. ¡Y tan casualidad! Usted aquel empeño en enseñarme y yo aquel empeño en no aprender.
TOM. Por eso eres un ignorante.
ENR. De algunas cosas sí. Pero en cambio sé otras que ustedes no saben.
PLINIO ¿Cuáles?
ENR. Vivir. Y que no lo he aprendido en los libros. He aprendido como hay que aprenderlo, viviendo.

- DAL. Bien: muy bien. Explíquenos usted su teoría.
- ENR. No es teoría, es práctica. Yo no estudio nunca, eso ya lo sabe don Tomás. No aprendo las cosas en los libros. Si las puedo ir á ver, voy y las veo, y si no las deajo correr. Para mí, nada de telescopios ni de microscopios. A lo que está demasiado alto no me acerco, y lo que es demasiado pequeño no me importa. Si aprendo lenguas han de ser vivas. A las estrellas las miro de lejos, á las mujeres de cerca, y si son guapas de mucho más cerca. Y así como hay quien escribe un libro con las cosas que ha leído en otros, yo me guardo todo lo que leo, y mi libro soy yo, y nunca se me come la polilla.
- TOM. ¿Qué teoría tan absurda! Si todo el mundo pensara como tú, ¿quién escribiría para los ignorantes?
- ENR. Ustedes, los tenedores de libros de la ciencia.
- TOM. Eres un inconsciente.
- PLINIO No haga usted caso, doctor.
- GERT. Hay que dispensarle.
- DAL. Es curioso. Digno de estudio. En cuanto tenga un rato libre quiero estudiarle el cráneo.
- ENR. Conformes. Examineme usted cuando guste. Encontrará usted un poco de aire, pero fresco. Tengo una corriente que me pasa de un oído á otro. Lo que me entra por aquí me sale por allá.
- DAL. Me gusta este joven. Es un caso. Pertenece á una familia que aun no tengo clasificada.
- ENR. A la familia Reventós.
- DAL. A la familia de los futuristas arbitrarios, especie práctica, clase inconsciente.
- PLINIO Inconsciente reflejo.
- DAL. Para mí es sencillamente un neófito de la óptica de las grandezas.
- TOM. Niego.
- DAL. Pues yo afirmo.
- ENR. Bueno, cuando se hayan puesto ustedes de acuerdo, avisen, que me tienen ustedes en un ¡ay!

- TOM. No pienses que queremos ofenderte. Son observaciones, y por cierto no desfavorables. Tienes elementos de optimista. ¡No escribirás ningún libro serio, eso no, pero te reproducirás abundantemente! Quiero decir que tendrás muchos hijos...
- ENR. Pues si me salgo con la mía, ya sé quien va á tener muchos nietos.
- TOM. Eres...
- ENR. ¡Dale con lo que soy! Yo se lo diré á ustedes para que no cavilen. Soy un hombre natural. Ya ven ustedes si es fácil estudiarme. Nada más que un hombre natural. Pero como ustedes todo lo complican, pronto me nombrarán ustedes mariposa para poderme atravesar con una aguja y colocarme en una vitrina. Ya me dejaré disecar cuando me muera, si les puedo servir para la colección. Y creo que sí, porque vamos escaseando tanto los hombres que somos eso, hombres nada más, que pronto para vernos habrá que ir á los museos.
- PLINIO Y pensando como piensas, ¿cómo demonios vienes á las lecturas?
- ENR. No te asustes, que no traigo nada que leer. Vengo, (Entra Marcela.) vengo á leer un libro pero ese no le entienden ustedes.
- GERT. A tí sí que no hay quien te entienda. Si dependiera de mí, te pondría á régimen científico.
- ENR. ¡Eso no, por Dios, que me matarían ustedes en dos días! (Se acerca á Marcela que ha entrado por el fondo. Engracia entra también, y acaba de quitar la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS MARCELA y ENGRACIA

- DAL. Marcela...
- MAR. ¿Usted aquí?...
- DAL. Yo siempre estoy aquí. Cuando no estoy presente me transporto. Envío el pensamien-

- to, el intelecto, que es lo más sagrado del hombre.
- ENR. ¡Bravo la flor! Para ser de herbolario no está mal.
- DAL. Yo no hago figuras poéticas. Los hombres como yo no tenemos jardín.
- ENR. Sí, tienen ustedes jardín botánico.
- DAL. A mucha honra, joven.
- ENR. Buenas tardes, Marcela.
- MAR. ¿También tú vienes á la velada?
- ENR. ¿No sabes que no hay nada que me seduzca tanto como las veladas científicas?
- TOM. Hoy será literaria.
- PLINIO Científica.
- ENR. Sea como quiera, la seducción para mí es la misma.
- GERT. (A Engracia.) Acaba pronto de quitar esos platos, que va á venir gente.
- ENR. ¿Sabiotes, otra vez?
- GERT. ¿Qué quiere decir eso?
- ENR. Quiere decir que ellos serán muy sabios pero ensucian mucho...
- GERT. ¡Callate! No haga usted caso, doctor.
- DAL. No se preocupe usted, señora. Si es muy curiosa... pertenece...
- ENR. ¿Más horóscopos científicos?
- DAL. No se asuste usted, hombre. Quería decir únicamente que aun quedan vestigios de mujer de la edad de piedra.
- ENG. La edad que yo tengo no le importa á nadie. Soy vieja, ya lo sé; pero digo lo que me parece. Los sabios huelen á humedad; traen arañas encima.
- GERT. ¿Te quieres marchar?
- ENG. (saliendo.) En la casa donde ellos entran ya puede prepararse el alcanfor.
- GERT. ¡Ignorante, más que ignorante! Indocta, inculta.
- TOM. Mujer, no te sofoques. Son clases inferiores. Cerebros de cuatrocientos gramos. Déjala, y para hacer tiempo vamos á enseñar la biblioteca á nuestro... colaborador. Verá usted una colección de revistas como no hay otra en toda la provincia.

DAL. (A Enrique.) ¿No viene usted?
PLINIO ¡Qué ha de venir!
ENR. No, señor. Me quedo. Con los libros me pasa lo que con las mujeres. Me gusta leerlos uno á uno. En cuanto hay muchos juntos, ó muchas, me mareo. (Salen todos menos Enrique y Marcela.)

ESCENA V

MARCELA y ENRIQUE

ENR. ¡Gracias á Dios que se han ido!
MAR. Ten cuidado, que te pueden oír.
ENR. No hay miedo. En cuanto están con sus libros pierden el oído, el tacto y la vista. ¡Ay! Ya me puedes agradecer que venga. ¡Qué casa, Marcela! Casémonos pronto y vámonos. ¡Vámonos á cualquier parte, donde no sepan de letras!
MAR. Pronto lo has dicho tú. ¿Cómo?
ENR. ¡En automóvil, á doscientos kilómetros por hora, atropellándolo todo por el camino; en globo, nadando, como sea; pero vámonos!
MAR. Sí, pues ahora se va arreglando. ¿No sabes lo que quieren?
ENR. ¡Qué sé yo! Hacerte estudiar astronomía.
MAR. Casarme. . . casarme con el Doctor Dalmau.
ENR. ¡¡Casarte con el Doctor Dalmau!! ¿Con ese sabio de secano? ¿Con ese?... ¡Vamos! ¿No ven que si te casas con él te pondrá en espíritu de vino para hacer experimentos conyugale-? ¡Que se case con una rana si quiere hacer estudios eléctricos!
MAR. ¿Y qué voy á hacer yo?
ENR. No casarte con él.
MAR. Eso claro, pero tampoco me podré casar contigo.
ENR. ¡¡Que no te vas á casar conmigo!! Mira, ahora, por de pronto, ya gano la vida para mí. Mañana la ganaré para tí, y pasado mañana... para los que vengan. Seré rico. Lo seré, porque tengo voluntad para serio.

A puñetazos, á mordiscos, á empujones, sea como quiera, lo seré. Así es que tú á esperar, yo á correr, y cuando tenga lo que he de tener, te vendré á buscar y á pedirte, y como el dinero convence hasta á los sabios nos dejarán casar por buenas. Y si no nos dejan, prendo fuego á la biblioteca y te salvo á tí del incendio.

MAR. Sí que tengo confianza en tí, pero contra la voluntad de mis padres, antes me moriría que ..

ENR. Los convenceremos, no tengas cuidado. Tú dime que me querrás siempre, siempre, y y ya le ablandaremos el corazón á la ciencia.

MER. Ya sabes que sí.

ENR. Porque yo todavía creo en el corazón, y si no creyera me harías creer tú. (Le coge las manos.)

MAR. ¡Calla, que vienen las visitas!

ENR. Las estantiguas, querrás decir.

MAR. Ten un poquito de paciencia.

ENR. La tendré pero me has de dar ánimos mirándome. En cuanto te pierda de vista ahogo á un sabio en tinta.

ESCENA VI

DICHOS y DON PASCUAL

1 = D
PAS. Buenas tardes. ¿Cómo va desde el sábado, niña? ¿Y los compañeros? ¿Aun no ha venido nadie?

MAR. Ya no tardarán.

PAS. Pues sentémonos y que vayan llegando.

ENR. ¿Usted es de los que van á leer?

PAS. No, joven. Yo soy el que escucho. Mejor dicho, el escuchador.

ENR. ¿El... qué?

PAS. El escuchador. Porque alguien tiene que escuchar cuando leen.

ENR. ¿Pues los demás, qué hacen?

PAS. Pues los demás son lectores, y el que va á leer no escucha. Espera á que los demás acaben y la prisa no le deja oír.

ENR. No será tanto.

PAS. Como usted lo oye. La niña ya sabe que tengo la gran práctica en eso de no dormirme cuando leen. Ya hace diez años que me siento en aquel sillón. ¿Ve usted ese hueco que tiene? Es mi molde.

ENR. Ya es aguante, ya.

MAR. Tiene mucha paciencia.

PAS. No es paciencia, es vicio. Dos años seguidos estuve yendo á ver jugar al tresillo sin entender las cartas: los jugadores lo sabían, y á pesar de saberlo me consultaban. Aquí me sucede lo mismo. Todo lo que leen lo entiendo, poco más ó menos como el tresillo, y también lo saben y también me consultan, y es que tengo un aire muy serio. Como el que tiene poca renta no puede permitirse vicios caros, yo me he dedicado a escuchar. que es vicio baratito y da lustre.

ENR. Vaya, pues que escuche usted por muchos años

PAS. Me voy al sillón, que les oigo.

ESCENA VII

DICHOS, DON SEVERO, el CANÓNIGO, DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, DALMAU y PLINIO. Después DON GUMERSINDO. Entran discutiendo don Severo y el Canónigo

SEV. Horacio decía, y yo en él me apoyo:

«Gemmas, marmor, ebur
sigilla tabellas», etc., etc.

CAN. Estimo á los clásicos como poetas. Ya sabe usted que he hecho traducciones sáficas, pero como filósofos no les admito. Estoy por los padres de la Iglesia.

SEV. Y yo por los abuelos de toda ciencia.

CAN. ¡Palabras!

En. Raimel
12-8
hara
Jarama
moder

SEV. Hechos. La ciencia es hechos. Hechos concretos. ¿No opina usted como yo, don Pascual?

PAS. Muy bien, muy bien.

TOM. (Entrando.) Muy bien, ¿qué?

SEV. Que la ciencia ha matado á los poetas.

DAL. ¿Matarlo? Aun más, anularlos. La poesía, la metafísica, las religiones murieron para siempre.

ENR. ¡Dios las haya perdonado!

CAN. ¡Protesto!

DAL. Han muerto, digo.

CAN. Digo que viven. Y si ustedes se quieren convencer de ello no tienen sino leer mis veinte conferencias.

DAL. ¡Vengan las conferencias!

PAS. Muy bien, muy bien.

ENR. Perdón. ¿Las van ustedes á leer ahora?

CAN. Ahora mismo. Las pruebas son pruebas.

ENR. (Levantándose.) Vámonos, Marcela.

MAR. Vamos, hombre, no tengas miedo.

GERT. Las leeremos otro día, que tiempo no nos ha de faltar. Para hoy ya tenemos programa. Siéntense ustedes y empezaremos.

napiles
En. Pastor
12-8

GUM. (Entrando.) Salud á los colegas y á las damas.

GERT. (Dándole la mano.) Siéntese usted en su sitio, don Gumersindo, que vamos á empezar la sesión. Dispénsenme ustedes todos, que hoy va á ser la velada amena. Dedicaremos la tarde á la pobre literatura.

PLINIO Tiempo perdido.

PAS. Perfectamente.

PLINIO La literatura es un foco de microbiología moral.

CAN. No tanto, no tanto, joven exaltado. Bueno es vigilar y combatir los bacilos, pero tú padece la manía de persecución microbiológica.

PLINIO Es que el microbio, para que ustedes lo sepan, existe en todas partes. Los labios de la mujer más hermosa, la mano del amigo, hasta el niño inocente, están plagados de microbios.

ENR. ¿Y los billetes de Banco?

- PLINIO También: de estreptococos... el microbio de la miseria.
- ENR. Pues Dios me dé una plaga.
- PLINIO Plaga ó no, el porvenir es del bacteriólogo.
- TOM. ¡Alto ahí! El porvenir es del pesimismo.
- DAL. Empezando por el cerebro del hombre iremos á parar á los demás, al sistema experimental.
- CAN. No le admito, permítame usted que no le admita.
- DAL. Porque en las capitales de provincia todavía están ustedes atrasados. Viven ustedes casi á tientas.
- SEV. Hay de todo, hay de todo, doctor Dalmau. No crea usted que somos tan negados que no nos demos cuenta del progreso. Aquí se estudia, se penetra.
- TOM. Inútilmente.
- SEV. No tan inútilmente. ¿Se figuran ustedes que hay muchos focos que se preocupen como nosotros del movimiento intelectual? Aquí no se deja nada por discutir. Y si la expresión fuese propia me atrevería á decir que somos extracto de revista, mejor dicho, que las revistas no se escriben más que para nosotros.
- PAS. Conformes, absolutamente conformes.
- GERT. ¿Pero, señores, empieza la sesión ó no empieza?
- SEV. Usted es quien tiene que abrirla.
- GERT. Pues la abro. Saquen ustedes sus papeles. (Todos sacan del bolsillo un gran paquete de papeles.) Y lean.
- GUM. (A don Severo.) Usted.
- SEV. (A don Gumersindo.) No; le toca á usted.
- GUM. Entonces empezaré por un documento que atribuyo al siglo XIV. Es una joya, un tesoro que he encontrado en un desván gótico. La obra tiene cuatrocientas páginas.
- ENR. ¡Ay! A mí me va á dar algo.
- GUM. Pero las ratas y escarabajos han destruido más de trescientas.
- PAS. Perfectamente.
- ENR. ¡Lástima de aperitivo!

GUM. El documento dice así: «Aquel desaforado caballero había por mujer leal á la señora Brunilda é aquesta señora Brunilda estaba tenuta por sancta por Cardenales e Obispos...»

ESCENA VIII

DICHOS, ENGRACIA, después JULIA

109

ENG. (Entra corriendo.) ¡Señora, señora!
TOM. ¿Qué pasa?
ENG. Señora, salga usted.
TOM. ¡Silencio, y márchate en seguida! ¿No ves que están leyendo un documento del siglo XIV?

ENG. Es que llega la señorita Julia.
TOM. Sí que ha escogido mal momento.
PLINIO ¡Mujer había de ser!
GUM. Si quieren ustedes que lo dejemos, lo dejaremos.

GERT. Al contrario, si se alegrará mucho de encontrarnos leyendo. Es mujer de un autor dramático y sabe lo que es leer y hasta escribir.

110

JULIA (Entrando con gran animación y saludando á todos.) Gertrudis, Tomás, ¿qué tal? (Todos se levantan menos don Pascual.)
TOM. Tirando, tirando, nada más.
JULIA ¿Y tú, Marcela?
MAR. Yo muy bien.
JULIA ¡Estás hecha una mujer, y muy guapa! ¿Y tú, Plinio?

PLINIO (Con frialdad.) Yo como siempre.
JULIA No me esperaban ustedes, ¿verdad? Hace yo no sé cuántos días que estoy queriendo venir; pero la modista ha tenido la culpa. Tenía que entregarme tres ó cuatro trajes, para el campo hace falta tanta ropa, y hasta ayer por la noche no me llevó el último. Como la mitad de nuestra vida está en sus manos nos tienen esclavizadas. Pero siéntense ustedes, nada de cumplidos.

- PAS. Gracias. (Todos se sientan.)
JULIA Vengo entusiasmada del camino. ¡Qué camino! ¡Qué luz y qué gloria de árboles! Montañas, llanuras, bosques, ríos, de todo. Los alrededores son hermosísimos. Antes de entrar en la ciudad he visto un bosque de encinas y de buena gana me hubiese quedado á vivir en él.
- PLINIO Ya sé dónde, terreno volcánico.
TOM. En la antigua Iburnea debe de ser.
JULIA Es un rincón de sombra y de espesura. Un sitio como hecho a propósito para que vayan los enamorados ó para enamorarse de repente. No sé cómo teniendo cerca esos paisajes, haciendo sol y teniendo piernas, se están ustedes encerrados en casa, medio á oscuras y con moscas.
- PLINIO Yo he ido algunas veces á buscar coleópteros.
JULIA ¡Já, já, já! ¡Coleópteros! ¡No estás tú mal coleóptero! Con la novia sí que habrás ido. Porque supongo que tendrás novia ó novias.
- PLINIO No me ocupo de semejante cosa.
JULIA Si te gusta la libertad haces bien. No hay nada como eso, ser libre. Y la libertad del campo, sobre todo para los que vivimos en las ciudades. ¡Aquel Madrid! Acabo de llegar y ya me entran deseos de cantar, de bailar, y hasta me parece que respiro mejor. ¡Dichosos ustedes que pueden vivir siempre en el campo!
- SEV. No vivimos en el campo.
JULIA Pero van ustedes á menudo.
SEV. Cuando no tenemos que hacer. Pero siempre tenemos que hacer.
- JULIA ¡Já, já! ¡Que hacer dice! No será tanto cuando les encuentro aquí reunidos.
- GUM. Estamos leyendo.
JULIA ¿Leyendo? ¡Qué alegría! ¡He caído en un paraíso! Fuera paisaje y dentro poesía! ¡Con lo que á mí me gustan los versos! Mi marido escribe siempre en prosa, pero yo le digo: Escribe en verso, hombre, escribe en

- verso. Andando; lean ustedes poesía y me tendrán de parroquiana.
- GERT. Si quieres que te enseñe tu cuarto...
- JULIA Luego, luego. Primero es la poesía que el cuarto. Lean ustedes, lean.
- SEV. Dispense usted, señora, pero aquí leemos cosas serias.
- JULIA ¡Qué lástima!
- SEV. Lástima, ¿de qué?
- JULIA De que no sean alegres.
- GERT. Julia, me parece que esa teoría...
- JULIA Lo esencial en el mundo es no aburrirse. Las penas vienen sin que nadie las llame. ¿No les parece á ustedes que vienen solas?
- TOM. ¡Ay! Sí
- JULIA Y la misión de los poetas es cantar la alegría, el amor, la ilusión y todas las cosas que regocijan y hacen la vida más hermosa. Yo quiero vivir alegremente, siempre, siempre con alegría.
- ENR. ¡Muy bien dicho!
- MAR. ¡Es verdad!
- TOM. Pues aquí no vivimos alegremente.
- JULIA ¡Já, já! ¡Dice que no viven alegremente y son poetas! Es la primera vez que lo oigo.
- GUM. Es que no somos poetas.
- JULIA ¿Pues qué son ustedes?
- DAL. Somos...
- ENR. Son sabios.
- JULIA ¿De veras? ¡Pobrecillos!
- DAL. No se ría usted, señora, no se ría usted. Si no somos sabios trabajamos por llegar á serlo. A los que vivimos en provincias todavía no nos han corrompido las frivolidades y las menudencias.
- JULIA ¡Jesús!
- DAL. Eso que ustedes llaman versos, lo dejamos para los niños y para los espíritus convalecientes; y eso otro á que usted llama amor, aquí no nos dignamos ni hablar de ello.
- ENR. El amor aquí es contrabando.
- JULIA ¡Pero, escúchenme ustedes, infelices! Si no hablan ustedes nunca de amor, ¿cómo pasan la vida en este pueblo? ¡Si el amor es

lo único que vale la pena de vivir! ¡Si todo va á parar á lo mismo! ¡Que ya no hablen los viejos, lo comprendo; pero Plinio y ustedes... los jóvenes! ¡Qué lástima les tengo! Suerte que no lo dicen ustedes en serio, porque si no sería cosa de renegar de la sabiduría.

SEV. Usted podrá decir lo que quiera, pero será inútil. En este punto somos incorruptibles.

JULIA Si valiese la pena, ya lo veríamos. ¡La primera mujer... un poco mujer que se les pudiese delante, iba á hacer aquí unos estragos!
(El Canónigo se levanta y va hacia la puerta.)

TOM. Desgraciadamente, acaso es verdad.

SEV. No, señor.

GUM. ¡Protesto!

PAS. ¡Muy bien, muy bien!

JULIA Estragos, sí, señor. ¡Já, já! No iba á quedar ni uno para contarlo.

SEV. No haría estragos, ni podría hacerlos, porque sabemos prevenirlos.

JULIA ¿Cómo?

SEV. (Levantándose.) Retirándonos ante el peligro. Yo tengo que salir. ¿Ustedes se quedan?

GUM. Vámonos.

CAN. Vámonos.

TOM. Pero, señores, ¿y la lectura?

DAL. Tiempo tendremos de leer, y hasta de discutir con la señora. Estudiaré la cuestión y cuando tenga datos suficientes, discutiremos. Yo no discuto nunca sin datos.

JULIA Yo le daré á usted todos los que quiera.

SEV. (Al Canónigo.) Vámonos, que esto no se puede sufrir.

DAL. Es un caso, una enfermedad.

GUM. ¡Qué mujer! (Salen don Gumersindo, don Severo, Dalmau y el Canónigo.)

JULIA ¡Já, já! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres! ¡Señor! ¡Yo que he venido aquí á distraerme! Si no se llegan á marchar, me muero!

GERT ¡Pero, Julia...!

JULIA Si de sobra sé que me dais las gracias por habéroslos quitado de encima. Pregúntales á Marcela y á su novio si no he hecho bien en... despejarlos.

- GERT. Este joven no es novio de Marcela.
JULIA ¡Já, já! ¡Pues no lo ha de ser! A mí me podreis discutir otras cosas; pero lo que es de miraditas entiendo. Se quieren, estoy segura de que se quieren.
- GERT. Pero...
JULIA Y hacen bien en quererse, ya que son jóvenes.
- GERT. Julia, ¿qué has venido á hacer?
JULIA He venido á veros, á abrazaros. A quitarme de encima el aletargamiento de la vida de ciudad, á vivir unos cuantos días.
- DONC. (Entrando.) ¿Dónde hay que llevar estas maletas?
GERT. Ven para que escojas habitación.
JULIA Dame la que quieras, pero que tenga luz. Vengo á respirar luz. Hasta luego, Plinio. Hasta luego, Tomás. ¡Já, já! (salen Gertrudis Julia, la Doncella, Marcela y Enrique.)
- PLINIO ¡Válganos el yo, qué mujer! ¡Qué bólido nos ha caído en casa!
- TOM. ¡Si no es una mujer! ¡Es una enciclopedia de mujer! Si no nos fortificamos con documentos nos mareará. ¡Nos mareará! Créeme, Plinio, no discutamos con ella. Los días que esté aquí encerrémonos en la biblioteca. (se oye cantar á Julia dentro.)
- PLINIO ¿Qué es eso de encerrarnos? ¡A luchar! Ya veremos quién vence. Quiero confundirla, deshacerla, rendirla, á fuerza de dialéctica. ¡Puesto que quiere guerra, tendremos guerra! ¡Tendremos guerra psicológica!

FIN DEL ACTO PRIMERO

LIBROS

velador de una sillita para hacer un sillito debajo de este parra

ACTO SEGUNDO

el abanico en el velador

Jardín botánico. Fachada de la casa; parra, verja, tapia, árboles y plantas varias. Sillas y velador de jardín.

Escena primera

ESCENA PRIMERA

JULIA, sentada en una mecedora, está dormida. MARCELA, sentada en una sillita y con un cesto de labor al lado, cose y canta bajito

JULIA (Despertándose.) ¡Ah! ¿Qué hora es? Las cinco. ¿Pero cuánto tiempo he estado yo durmiendo? ¿Estás ahí, Marcela? ¿Por qué no me has llamado?

MAR. Dormías con una cara tan satisfecha que no he querido despertarte. De seguro estabas soñando con algo muy bueno.

JULIA No me acuerdo. ¡Ah, sí! Estaba soñando con tu novio.

MAR. Ya puede estar contento el doctor Dalmau.

JULIA Es que el doctor Dalmau no es tu novio.

MAR. ¿No?

JULIA Es el novio de tu familia.

MAR. ¡Ay!

JULIA ¿Qué suspiro tan elocuente! ¡Pobre doctor!

MAR. ¡Pobre doctor! (Las dos se ríen.)

JULIA ¿Qué estás haciendo ahí?

MAR. Coser.

JULIA Como siempre; eres la mujer más hacendosa que conozco.

- MAR. ¡Qué remedio me queda! La filosofía rompe mucha ropa y la literatura no la compone. Si yo no fuese, como tú dices, mujer hacendosa, andaríamos todos en esta casa como el hombre de las cavernas. ¡Ay!
- JULIA ¡Av! ¿Otro suspirito?
- MAR. ¡Qué envidia te tengo!
- JULIA ¿Por qué?
- MAR. Por todo. Hasta de la cosa más pequeña sabes sacar motivo de alegría. ¡Eres feliz!
- JULIA Y tú lo serás.
- MAR. Esperanzas en Dios; pero entre tanto...
- JULIA ¿Entre tanto...?
- MAR. Entre tanto me aburro desesperadamente. Muy mal hecho. A los diez y ocho años, cuando se tiene el amor joven y la cara bonita, la mujer que consiente en aburrirse comete un crimen, sí señora, un crimen. ¡Si vieras cuando se cumplen los treinta y nace la primera arruga, como le remuerde á uno la conciencia por todas las risas que se ha dejado por reir! Créeme á mí.
- MAR. Que no tienes arrugas.
- JULIA Porque me cuido el buen humor...
- MAR. ¡Si llego á tener hijos no los enseño ni á leer!
- JULIA ¿Y qué dirá el doctor, su ilustre padre?
- MAR. ¿El doctor va á ser padre de mis hijos?
- JULIA Naturalmente. ¿No dices que es tu novio? Mira, no vuelvas á suspirar. (Marcela se ríe.) Así me gusta. ¿Sabes que te pones muy guapa cuando te ríes? Pero muy guapa. Mirate al espejo. (Le da un espejito de mano, que saca del bolsillo.)
- MAR. ¿En el bolsillo llevas el espejo?
- JULIA Siempre, hija mía, es un recurso.
- MAR. ¿Un recurso?
- JULIA Contra la tristeza, contra el aburrimiento, contra las cosas feas que tiene una qué mirar por fuerza (quien dice cosas dice personas.)
- MAR. Pues lo que es á mí me da mucha rabia mirarme al espejo. (Mirándose y casi llorando.) ¡Soy muy fea!

- JULIA ¡Chiquilla, no blasfemes! Tienes diez y ocho años.
- MAR. De bastante me sirven.
- JULIA Mirame. Eres morena.
- MAR. Negra.
- JULIA Negra soy, pero hermosa, porque el sol me ha besado.
- MAR. Déjate de biblias.
- JULIA ¡Ah! ¿Pero eso es de la Biblia?
- MAR. De la Biblia.
- JULIA Pues no lo sabía. Creí que era de un drama de mi marido.
- MAR. Puede que lo sea también.
- JULIA Puede. Qué ignorante soy, ¿verdad?
- MAR. Pero eres bonita.
- JULIA En eso estábamos. Mirame otra vez. Quedamos en que eres morena; tienes los ojos garzos, los labios muy rojos...
- MAR. ¡Buena combinación!
- JULIA ¡Admirable! ¿Qué más quieres?
- MAR. Quiero ser como tú.
- JULIA ¡Já, já, já!
- MAR. Sí, como tú. Yo no sé si eres blanca ó morena, si tienes los ojos azules ó negros... pero eres como eres, bonita á todas horas, de todos modos, de frente, de perfil, cuando hablas, cuando andas, cuando...
- JULIA ¡Qué panegírico!
- MAR. No te rías.
- JULIA Lloraré.
- MAR. No te rías. Vas andando y parece que te sigue la falda; te sientas y parece que has nacido sentada. Yo, si ando, parezco una campana; si me siento me nace ropa por todas partes; no sé nunca donde poner las manos; se me ven los pies desde media legua. Esta mañana he querido peinarme como tú... y va ves... por poco me arranco el moño de rabia. (Llora.)
- JULIA ¿Pero eso es en serio?
- MAR. (Llorando) En serio.
- JULIA (Echándose á reir.) Pero chiquilla... ¡já, já!... Bueno. Déjame que me ría... ¡já, já!... No te enfades... ¡já, já!... Hija sino lo puedo remediar... (sigue riéndose desafortadamente.)

- MAR. Ríete. ¡Si vieras que gana me da á mí de reír!
- JULIA (Sin poder contenerse.) ¡Já, já, já! Perdón. . . ¡Já, já!... dame un susto ¡já, já! (Conteniéndose á duras penas.) También ahora debo estar muy bonita.
- MAR. (Casi con despecho.) También.
- JULIA Dame el espejo. (Se mira) Mira, no te rías nunca como yo, porque sale pata de gallo (Muy seria, se pasa las puntas de los dedos por debajo de los ojos.) ¿Te has enfadado?
- MAR. ¿Contigo?... ¿Qué me miras? Estoy hecha una facha, ¿verdad?
- JULIA No. Levántate. Da media vuelta. Anda un poco. Más derechita. Tiesa no. Así. (Se levanta y da unos cuantos pasos.) Apoyando bien el tacón en el suelo. Anda.. ¡Ajajá! ¿Cuántas enaguas llevas, criatura?
- MAR. (Muy confusa.) Dos.
- JULIA Sobra una y media. Poquita tela y bien aprovechada: en el volante toda la que quieras para hacer frú-frú; pero nada de frunces arriba. ¿No ves que hacen arrugas debajo de la falda y adiós línea? Aplástate un poquito. (Se arregla la falda.) ¡Si tienes un cuerpo precioso! ¿No llevas corsé?
- MAR. No... porque... dice Plinio que es antihigiénico.
- JULIA Plinio, ¿eh? Nos veremos. Tírate de esa blusa. Bájate el cuello. (La arregla.) El cuello alto es para las viejas. Abuécate ese pelo. Súbete ese moño: el moño bajo es para las señoras... de cierta edad. Quita cinco años... y la rayita á un lado, diez. Pero á tí todavía no te hacen falta matemáticas. ¡Quién fuera tú!
- MAR. ¿Suspiras?
- JULIA Pienso en que pronto me tendré que bajar el moño.
- MAR. ¡Tonta!
- JULIA (Dándole unos toquecitos al peinado.) Eso es. ¡Si pareces otra! Mírate ahora. ¿Te gustas, eh?
- MAR. Me gustas tú.
- JULIA ¡Hipócrita! Miren que colorcitos le han sali-

do llorando. Ya no falta más que una flor en el pelo. (Va á cortar una.)

MAR. ¡Esa no, por Dios, que la está estudiando Plinio!

JULIA Me has asustado. (Mirando á la flor.)

MAR. Es un ejemplar monstruoso.

JULIA ¡Pobrecilla! Cortaremos otra.

MAR. Esa tampoco, que está estudiando en ella el doctor Dalmau una degeneración de la clorofila.

JULIA Hija, esto no es un jardín; es una clínica. Aquí las flores no son flores; son... casos. Después de todo, ¿qué importa? (Corta una.)

MAR. ¿Qué has hecho?

JULIA (Prendiéndole la flor.) Y ahora que estás hecha un pinpollo, ¿quién te gustaría que te viese?

MAR. ¡Qué sé yo!

JULIA ¡Lo sabré yo entonces! Bueno, lo sabemos las dos. ¿Te quiere mucho, eh?

MAR. ¿Enrique?

JULIA (Imitándola.) ¿Enrique? Miren cómo le gusta oír sonar el nombre. ¿Enrique?

MAR. ¡No te burles!

JULIA ¡Burlarme! Si el amor es la cosa más seria del mundo.

MAR. ¿Verdad?

JULIA Verdad. (se ríen las dos.)

MAR. Sí que me quiere. Tanto que algunas veces me da como remordimiento.

JULIA ¿De qué?

MAR. De no quererle como se merece. Me pongo á pensar, á pensar, si este cariño que le tengo será solo por él ó por el deseo de libertad, de vida, de aire nuevo. Paso más malos ratos discuriendo: ¿Este amor es amor ó es egoísmo?

JULIA ¡Ave María purísima! En mi vida he oído cosa semejante. Tú estás loca. ¡Cuando se quiere, se quiere y se acabó!

MAR. Sí, pero...

JULIA No hay pero que valga. Déjame que te mire. Tú debes de ser un bicho raro. Primero lloras como un *bebé* porque se te antoja que no eres bonita, y luego sales hablando como un

libro... de los que no se entienden. ¿Es que tú también eres sabia?

MAR. No lo soy; pero me ha costado mucho trabajo no serlo.

JULIA Mira quién viene por allí. (Marcela mira al camino y luego se mira al espejito.) ¡Grandísima coqueta!

ESCENA II

DICHAS y ENRIQUE

ENR. (Desde fuera.) ¿Se puede entrar?

JULIA Adelante. (Entra Enrique y mira á todos lados fingiendo recelo.)

ENR. ¿Hay... sabios en la costa?

JULIA No tenga usted cuidado. Donde estoy yo no hay sabiduría que valga.

ENR. Buenas tardes.

JULIA Buenas tardes.

MAR. Buenas tardes. ¿Qué me miras? (Julia y Marcela á un tiempo ríen á carcajadas.)

ENR. ¿De qué se ríen ustedes?

JULIA De usted.

ENR. Gracias.

MAR. De la cara que has puesto.

ENR. ¿Yo he puesto una cara?...

MAR. Muy particular.

ENR. Porque tú la tienes hoy muy bonita.

MAR. ¿Hoy nada más?

ENR. Hoy más que nunca.

JULIA Pues ahí la tiene usted llorando como un sauce, porque dice que se encuentra fea.

ENR. (A Marcela) Déjame que me ría.

JULIA Y porque tiene miedo de no quererle á usted bastante.

ENR. Eso ya es más grave. ¡Marcela!

MAR. No hagas caso.

JULIA Muy bien.

ENR. Marcela, dame ahora mismo una satisfacción. (Quiere abrazarla.)

- MAR. No seas tonto.
ENR. ¡Yo que venía por esas calles arrepintiéndome de quererte demasiado!
- MAR. ¿De veras?
ENR. ¡Chiquilla, una atrocidad! Una cosa estu-
penda, un cariño de á doscientos por hora...
ó por minuto, que en poniéndose uno á
querer como yo te quiero, la vida es un so-
plo. Si fuera poeta haría versos: como soy...
bueno, lo que soy, me contento con hacer
dinero, que también suena á gloria cuando
se sabe oír. ¿No te alegras?
- MAR. Sí que me alegro.
ENR. ¡Y casi estás llorando!
MAR. Es porque te quiero.
ENR. ¿Estás ya segura?... ¿Poco?... ¿Mucho?... ¿Tan-
to como yo á tí?... ¡Déjame que te abrace,
chiquilla!
- JULIA (Que está en la mecedora un poco apartada, se levanta.) ¡Que está aquí la suegral
ENR. (Riéndose.) Usted perdone.
MAR. ¡Julia! (La da un beso)
JULIA (A Enrique.) No era para mí. ¿Qué le vamos
á hacer? (Le alarga la mano y él se la aprieta.)
ENR. ¡Es usted nuestra providencial!
JULIA Casi, casi...
MR. Del todo. No sabes cómo se ha puesto Pli-
nio al enterarse de... que... nos queremos.
ENR. Envidia pura; porque lo que es á él como
no le quiera una momial...
MAR. No te rías, que está terrible.
ENR. Y tus padres, ¿qué dicen?
MAR. Mi madre dice que esto es una catástrofe.
A mi padre, como es pesimista, no le sor-
prende.
ENR. ¡Pobre hombre!
JULIA ¿Le compadece usted?
ENR. ¿Le parece á usted poca lástima pasarse la
vida entre Shopenhauer y doña Gertrudis?
MAR. ¡Enrique!
ENR. No frunzas el ceño, que ya te he dicho que
estás hoy muy guapa. No sé qué te encuen-
tro, pareces otra.
MAR. ¿Y por eso te gusto más? Gracias.

JULIA No dispute usted con Marcela, que es un filósofo tremendo.
ENR. ¡Marcela!...
MAR. No te asustes. En cuanto estoy contigo se me olvida todo lo que sé.
ENR. Así me gusta. ¡Viva la vida!
JULIA ¡Viva!
MAR. ¡Viva!
ENR. ¡Mueran los libros!
JULIA ¡Silencio, que vienen!
MAR. Más vale que te vayas.
ENR. ¿Marcharme yo? ¡Huir ante el fantasma de Zaratustra! ¡Jamás!
MAR. ¡Estás loco!
ENR. ¡Por tí! (Le coge las manos.)
JULIA Orden, niños, orden, que viene el ogro!

ESCENA III

DICHOS y PLINIO. Plinio entra haciéndose el distraído y todos le saludan con afectada cordialidad

Dr. Savage
Y...

JULIA Buenas tardes, Plinio.
ENR. Buenas tardes, Plinio.
MAR. Buenas tardes, Plinio.
PLINIO (Displícite. A Julia.) Buenas tardes. (A Enrique.)
¡Ah! ¿Eres tú?
ENR. ¿Te molesto?
PLINIO Casi.
ENR. Lo siento por tí.
PLINIO No te durará mucho el sentimiento.
ENR. Eso dependerá de lo que á tí te dure la molestia.
JULIA Vamos, Plinio, no te pongas terrible que estamos todos de muy buen humor.
PLINIO ¡Ah! ¿Están ustedes de buen humor?...
JULIA Excelente.
PLINIO No veo el motivo.
JULIA ¿Tú no estás nunca alegre sin motivo? Te compadezco, hijo, porque entonces no sabes lo que es alegría.

- PLINIO Usted en cambio lo sabe demasiado.
JULIA Ya ves tú, en este mundo todos tenemos
 nuestra ciencia.
- PLINIO Prefiero la otra.
JULIA La otra... ¿Es rubia ó morena?
PLINIO No la entiendo á usted.
JULIA ¿Cuántos años tienes?
PLINIO ¡Señora!
JULIA ¡Caballero! ¡Já, já, já! (Mostrándole á Enrique
 que besa la mano á Marcela.) ¡Aprende, hombre,
 aprende la primera lección!
- PLINIO (Precipitándose sobre su hermana.) ¡Marcela!
MAR. (Fingiendo susto.) ¡Jesús! ¡Qué susto me has
 dado! (Todos se esfuerzan por contener la risa.)
- PLINIO (Furioso.) ¿Pero es que se están ustedes bur-
 lando de mí?
- JULIA Ya te hemos dicho que estamos de muy
 buen humor.
- PLINIO Pues yo, no. ¡Ea!
JULIA Pues haces muy mal, porque está una tar-
 de hermosísima.
- MAR. ¡Maravillosa!
ENR. ¡Estupenda!
JULIA Hay un cielo azul que es una joya.
ENR. ¡Una delicia!
MAR. ¡Un encanto!
JULIA ¡Corre un vientecito!...
ENR. Un vientecito...
MAR. Un vientecito...
PLINIO (Furioso.) ¡Acabemos! ¡Ven acá, Marcela! (Ella
 se acerca; él la mira fijamente.) ¿Quién te ha dado
 permiso para cortar esa flor?
- MAR. (Fingiendo susto.) ¿Qué... flor?
PLINIO Ésa que llevas en el moño. (Pausa, durante la
 cual Marcela sigue fingiendo apuro. Al cabo, Julia,
 como si tomase una resolución heroica, se adelanta.)
- JULIA Matame. La he cortado yo.
PLINIO Pues ha hecho usted una hazaña.
JULIA ¡De veras! (Como asombrándose de su heroismo.)
PLINIO ¡Sepa usted que esa flor es un ejemplar úni-
 co de la familia de las solanáceas!
- JULIA ¡Pobre y desgraciada familia!
PLINIO ¿Usted se figura que las flores se han hecho
 para eso?

- JULIA ¡Ay, sí! El mejor destino de una flor es alegrar una cara bonita.
- PLINIO ¿Usted cree?...
- JULIA No hay que darle vueltas.
- ENR. ¡Bravo!
- PLINIO Está bien. (Da media vuelta.)
- MAR. ¿Dónde vas? (Plinio no contesta.)
- ENR. No te enfades. (Plinio sigue andando.)
- JULIA (Muy seria.) ¡Plinio, haz el favor! (Le hace señas de que se acerque.)
- PLINIO (De lejos) ¿Qué quiere usted?
- JULIA Acércate, hombre. (Plinio se acerca. Ella le mira largo rato haciendo gestos.)
- PLINIO (Un poco desconcertado.) Decía usted ..
- JULIA (Muy de cerca.) Que no te enfades, que todo ha sido por pasar el rato... ¡Ríete! (Plinio está medio vencido, pero se rehace y dice desde todo lo alto de su sabiduría.)
- PLINIO No tengo ganas de reír. (Se separa y va á mirar sus flores.)
- JULIA ¡Habrase visto!.. (Pausa.) Ríase usted, Enrique, porque si no soy yo la que se va á echar á llorar. (A Plinio.) ¡Mamarracho! ¡Coleóptero!... ¡Sabio!.. ¡Vámonos! (Coge del brazo á Enrique y va á la derecha, que es la puerta de la casa, en el momento en que entran por el mismo lado don Tomás y doña Gertrudis.)

Sra. Baro
Ransell
ya

ESCENA IV

DICHOS, DON TOMÁS y DOÑA GERTRUDIS

- GERT. Buenas tardes, Julia.
- JULIA (sin detenerse.) Buenas tardes.
- TOM. ¿Dónde vas tan deprisa?
- JULIA No lo sé Al aire libre, al río, á tomar un baño para quitarme de encima la polilla.
- TOM Pero, ¿qué te ha pasado?
- JULIA Pregúntaselo á Plinio, que tiene conocimientos más profundos. (Sale arrastrando á Enrique. Marcela quiere seguirlos.)

ESCENA V

DOÑA GERTRUDIS, DON TOMÁS, MARCELA y PLINIO

- TOM. ¿Marcela?
 MAR. Voy con Julia.
 PLINIO ¡Quédate aquí!
 MAR. ¿Lo mandas tú?
 PLINIO Sí, yo.
 TOM. (Suavemente.) Quédate, hija mía, y explícanos lo que suced-
 MAR. Qu- lo explique Plinio.
 TOM. ¿Plinio...?
 PLINIO La explicación es corta. Desde que esa mu-
 jer...
 MAR. ¿Quién es esa mujer?
 PLINIO Desde que Julia ha entrado en esta casa no se puede vivir.
 TOM. ¡Hombre, no tanto!
 PLINIO ¡No se puede vivir! No hay una hora de tranquilidad. Todo lo revuelve, todo lo destruye...
 GERT. Es cierto. Ayer, para probar las tenacillas, quemó las tres prim-ras cuartillas de mi ensayo sobre el problema feminista en España.
 PLINIO Y hoy ha cortado la más interesante de mis flores para ponérsela en el moño á esa niña.
 MAR. ¿Quién es esa niña?
 PLINIO Marcela, no me alteres los nervios.
 MAR. Plinio, no seas tonto.
 PLINIO Porque eso es lo peor del caso. Marcela, como ustedes han podido observar, está completamente perturbada...
 TOM. ¡Hombre, no tanto!
 PLINIO Completamente perturbada por la influencia de Julia: no piensa más que en componerse, se riza el pelo, lee novelas...
 GERT. Leer novelas no es delito.
 PLINIO Se pasa el día delante del espejo.
 TOM. Eso tampoco es culpa: es atavismo.

- PLINIO Es usted demasiado optimista.
TOM. Me ofendes, Plinio. (Pausa solemne.)
MAR. (Acercándose tímidamente.) Papá, ¿te has enfadado?
- TOM. ¿Es cierto lo que dice Plinio?
MAR. Sí, papaito... pero... alégrate... verás... si vamos á ser muy felices. ¡No digas que no!... ¡Mira, se puede ser pesimista y muy feliz! Claro que he cambiado... que me he perturbado, como dice Plinio... pero es para traer alegría á la casa...
- TOM. Hija, la vida es triste.
MAR. Dice Julia que por eso tenemos, nosotros el deber de alegrarla.
- PLINIO ¡Siempre Julia!
MAR. ¡Como que es la única que dice algo nuevo!
GERT. Hija mía, creo que no son ideas las que te han faltado en esta casa.
- MAR. ¡Maná!
GERT. (Mirando atentamente á Marcela.) Plinio tiene razón; estas muy cambiada.
- TOM. En efecto...
MAR. (Con alegría.) ¿De veras? ¿De veras muy cambiada? ¿Parezo más bonita?
- TOM. Hija, yo poco entiendo de eso; pareces más mujer.
- PLINIO (Despreciativo.) Más mujer, ya lo oyes.
MAR. ¡Más mujer! ¡Ay, qué gusto! Mirame, papaito. No te pongas serio. Si tú también me quieres á mí. ¿Te acuerdas anoche cuando entraste á mi cuarto á buscar un libro? ¡Creeías que estaba dormida y me diste un beso. Me dió una alegría tan grande que en cuanto te marchaste me puse á llorar como una simple!
- TOM. (Un poco desconcertado.) Bueno... bueno... basta de tonterías. Estais excitados. Tú, Plinio, ten paciencia; al cabo las mujeres son seres inferiores (perdón, Gertrudis) y le dan importancia á estas naderías sentimentales; movimientos reflejos y nada más. Tú, Marcela, cálmate y prepara todo lo necesario, porque, como sábado, de un momento á otro van á llegar nuestros amigos. Te recomiendo

que te muestres amable con el doctor Dalmau...

MAR. (Interrumpiéndole.) Papá, ¿no habíamos quedado en que íbamos a ser muy felices?

TOM. Tú lo has dicho.

MAR. Es que con el doctor yo no lo puedo ser.

TOM. ¡Marcela, me alarmas!

PLINIO Claro; tú, para ser feliz, necesitarás casarte con tu Enrique.

MAR. ¡Justo, con mi Enrique!

TOM. ¿Qué es eso de Enrique?

MAR. Es... que... le quiero. (A doña Gertrudis.) Ya se lo he dicho á usted.

GERT. Pero yo no he querido oirlo.

MAR. ¡Papá, le quiero!

TOM. ¡Ilusiones, hijita, ilusiones de los pocos años!

MAR. Bueno, pues ilusiones; lo que ustedes quieran. ¡Qué le vamos á hacer! Para eso son los pocos años, para hacerse ilusiones y para alegrarse con ellas, y para no llevar vida de buhos, metidos entre el polvo de los libros viejos y de los corazones apolillados!

GERT. Eso de buhos te lo habrá dicho también tu tiita.

MAR. También.

PLINIO ¡Niña bobal!

MAR. ¡Niño prodigio!

GERT. ¡Cállate, Marcela!

MAR. Ya me callo... y me voy.

GERT. (A don Tomás.) ¡Ahí lo tienes! También, gracias á mi señora cuñada, que, para distraer la ociosidad, se ocupa en proteger amorfos románticos. Tú dirás si esto puede tolerarse.

TOM. Yo no tengo la culpa de que haya venido. Tú la invitaste.

GERT. ¿Quién se iba á figurar que la esposa de un autor dramático tendría la cabeza destornillada? ¡Y que hay que oír los dramas de mi hermano!

PLINIO No; hay que oirla á ella.

ESCENA VI

DICHOS y el DOCTOR DALMAU

- Sandwich-Bart*
D
- DAL. (Desde la verja.) ¿Se puede entrar?
GERT. Pase usted, doctor. (Marcela al verle entrar se dirige á la puerta.)
- DAL. ¿Soy yo el que la hago á usted huir, Marcelita? (Marcela no responde y sale.)
- TOM. Buenas tardes, doctor.
DAL. ¡El recibimiento no es muy halagüeño!
GERT. No haga usted caso. Cosas de chiquilla.
DAL. No tan chiquilla como á usted le parece.
GERT. ¿Va usted á formalizarse por una tortería?
DAL. No se trata de eso. Quiero decir que Marcelita se desarrolla rapidísimamente, y que se está poniendo muy guapa.
- PLINIO ¡Si ahora va usted á preocuparse de la hermosura física!...
- DAL. No confundamos, Plinio, no es preocupación; al contrario. Pero, ya que el matrimonio se impone, convendrás conmigo en que ciertas obligaciones serán más agradables de cumplir dándose el caso de una mujer... digamos como el vulgo... de buena presencia. ¿No opina usted lo mismo, don Tomás?
- TOM. Yo, en ese punto, amigo, carezco de experiencia personal.
- GERT. ¿Qué dices?
TOM. Nada, Gertrudis, nada.
PLINIO Está usted pervirtiéndose, doctor.
DAL. ¿Y tu señora tía?
GERT. De eso hablábamos.
DAL. También es guapa.
PLINIO ¡Doctor!
DAL. ¡No te alarmes! Soy monógamo por convencimiento y por higiene; pero tu señora tía es un caso de belleza equilibrada. Tiene ojos bien proporcionados, boca atractiva y unas líneas anatómicas, que francamente, desconciertan las teorías más castas. Está llamando la atención en el pueblo.

GERT. ¡Con sus extravagancias!
DAL. Algo hay de eso también.
GERT. ¡Ay, doctor, compadézcanos usted!
DAL. ¿No vuelve Marcelita?
TOM. ¡Marcela! ¡Marcela!

es González y Olivera
ESCENA VII

DICHOS, DON SEVERO y el CANÓNIGO

SEV. (Desde la verja) ¿Se puede?
TOM. Adelante, señores.
CAN. ¿E-tamos seguros?
TOM. ¿Cómo seguros?
CAN. Quiero decir si están ustedes solos.
TOM. Hombre... Gertrudis, Plinio, el Doctor...
CAN. Bien, bien. Gente de paz. (A Gertrudis.) Ya usted me entiende.
GERT. ¡Ay! Sí.
SEV. ¡Qué calor hace! Vengo sofocado. (Se sienta en la mecedora.) Un abanico. ¡Hombre, qué bien huele!
CAN. A tentación, don Severo, créame usted á mí. Esos olores de ámbar y rosas son añagazas del demonio para pescar incautos.
PLINIO Aquí no creemos en el demonio.
CAN. Pues hacen ustedes muy mal, sobre todo teniéndole en casa y en la más peligrosa de sus formas. En forma de mujer. ¿No nos oye?
GERT. No, señor. Ha salido.
SEV. Si la acabamos de encontrar en la plaza... con ese joven de los automóviles.
PLINIO ¡Un escándalo!
CAN. Un verdadero escándalo. Mal está que yo haya reparado en ello, ¡pero se recoge la falda de un modo!...
SEV. ¡Lleva medias caladas!
CAN. ¡Don Severo!
SEV. Digo que lleva medias caladas.
GERT. ¡No sé dónde vamos á llegar!

ESCENA VIII

DICHOS, DON GUMERSINDO y DON PASCUAL

- PAS. ¡Dios guarde á ustedes!
- GUM. ¡Sa'ud á los colegas y a las damas!
- TOM. Buenas tardes, señores.
- TODOS Buenas tardes.
- GUM. ¡Vengo sofocado!
- SEV. Hombre, ¿también usted?
- TOM. Pues ya va cayendo la tarde.
- GUM. Si no es el calor el que me sofoca. Es... no sé si debo..
- CAN. Dígalo usted... colega... Es la mujer.
- PAS. ¡Muy bien, muy bien!
- GUM. ¡Hombre! ¡Así, la mujer, en general!...
- SEV. De sobra sabemos á cuál quiere usted referirse.
- GERT. ¡Ay, sí!
- GUM. Por ahí nos la hemos encontrado con una sombrilla colorada, que es una verdadera provocación.
- PAS. ¡Justo! Una provocación... Nos ha saludado muy amable; porque amable lo es.
- CAN. También lo era el ángel rebelde.
- PAS. Y nos ha dicho que iba á bañarse al río.
- GUM. ¡Al río! Eso es lo que me saca á mí de quicio. ¡A bañarse al río!
- DAL. El baño es una practica de higiene que no tiene nada reprochable.
- GUM. Pero es que uno tiene sus aficiones, sus costumbres de toda la vida. Yo por ejemplo, desde hace treinta años acostumbro á ses-
tear en la espesura á orillas del río.
- SEV. ¿Leyendo á Horacio?
- GUM. Leyéndome á mí mismo. Es decir meditando. Y desde que esa señora ha dado en la gracia de irse á bañar al río en las horas de siesta...
- SEV. ¡Adiós meditación!
- PLINIO. ¡Me dan ustedes lástima! (Todos le miran con asombro.) Sí, lástima. Luego hablan de la for-

taleza de la edad madura, de la serenidad de la experiencia. Veintitrés años tengo, vivo hace una semana bajo el mismo techo que esa mujer y aquí me tienen ustedes.

SEV. También á nosotros nos tienes aquí.
PLINIO ¡Vergüenza da pensar que tenga yo que dar en esta reunión ejemplo de fortaleza!

CAN. Plinio, torres más altas han caído.

PLINIO Darle tanta importancia á una mujer, cuando todos sabemos lo que es eso.

TOM. Yo no lo sé.

PLINIO Un ser incompleto; un sistema nervioso con piel color de rosa.

TOM. ¡Pero qué piel más fatal!

GERT. ¡Señor, señor! Esta casa que ha sido siempre un oasis de paz y concordia; Julia ha venido á destruirlo todo!

GUM. Es cierto; su influencia se deja sentir en toda la ciudad. Todos los socios del Casino están locos por ella.

SEV. La siguen por la calle.

GUM. Sí; ha-ta hombres de edad, que hacía más de cuatro que no habían salido de casa.

GERT. ¿Y las mujeres? Por hacer como ella, todas van por la calle vestidas de claro.

CAN. Hasta á la Catedral se han atrevido á entrar con esos atavíos; y han tomado el claustro por asalto.

GERT. ¿Tú que dices á esto?

TOM. Repito que tú tienes la culpa de que haya venido. Dile que se vaya.

GERT. ¡Yo!

TOM. Con buenas palabras.

GERT. No puede ser. Es la mujer de mi hermano.

TOM. Inconvenientes de la familia.

PLINIO Sí; la familia es una institución llamada á desaparecer, (Mirando al Canónigo.) como otras muchas.

CAN. ¿Qué quieres decir con eso?

GERT. ¡Por favor, Plinio! ¡Por Dios, señor Magistrall

¡No se alteren ustedes. Señor, Señor! (Pausa.)

El caso es que hay que decirle algo; pero, ¿quién se lo dice?

CAN. Aquí el joven de la fortaleza.

PLINIO Pues sí señor. Se lo diré.
 TOM. Plinio, hijo mío, estás muy excitado, y el verdadero filósofo nunca pierde el dominio de sí mismo.
 PLINIO Le aseguro á usted que estoy completamente sereno, y que diré lo que tenga que decir.
 PAS. ¡Muy bien, muy bien!
 GERT. ¡El Señor nos ampare!
 CAN. ¿Qué sucede?
 GERT. ¡Que viene!
 PLINIO ¡Me alegro!
 GERT. ¡Pero no viene sola!

*Sra Plinio
el ampl. Calvo = orla*

ESCENA IX

DICHOS, JULIA, SEÑORITAS 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a Después MARCELA
 Entran Julia y las señoritas con grandísima algazara

*Sra Plinio
y don #*

JULIA Adelante, adelante. Pasen ustedes. Marcela, Marcela. (A los sabios.) Buenas tardes, señores. (A doña Gertrudis.) ¿Dónde está Marcela? No lo sé.
 GERT. (Bajando apresuradamente.) Aquí estoy.
 MAR. ¿Dónde te has metido? Iba á tomar un baño (Don Gumersindo se estremece.) pero en el camino me he encontrado á estas niñas y no me han dejado seguir. Figúrate que vienen á pedirme consejo para su función de hijas de María. Quieren poner un altar precioso.
 JULIA Y como usted tiene tan buen gusto...
 SEÑ. 1.^a Eso es, eso es.
 TODAS Tenemos que buscar una porción de cosas: yo debo de tener unos pedazos de seda. Nos llevaremos unos cuantos tientos, con permiso de Plinio. Son para la Virgen. (Todas hacen ruido y palmotean.) ¡Ay señor Magistral, vamos á tomar á usted por asalto la sacristía!
 JULIA ¿No tienen ustedes bastante con el claustro? Quéjese usted y estamos en camino de santidad.
 GERT. ¿Qué es esto?

Francisco =
Camacho (Mimic) =
Donde el
ESCENA X

DICHOS y una Comisión de MUCHACHOS

- JOV. 1.º ¿Se puede entrar?
JOV. 2.º ¿Se puede?
TODOS ¿Se puede?
TODOS Buenas tardes, señores.
JOV. 1.º Ustedes dispensen. ¿Está doña Julia?
GERT. No lo sé.
JULIA Aquí estoy, aquí estoy. ¿Qué ocurre?
JOV. 1.º Señora...
JOV. 2.º Señora, venimos á ver á usted en comisión.
JULIA ¿Y puede saberse á qué debo el honor?...
JÓV. 1.º Es muy sencillo. La juventud de Vilatriste, entendiendo como debe la honra que usted nos hace con su permanencia aquí...

JULIA Bueno, discursos, no.
JOV. 2.º Pues sin discursos, los socios del Casino hemos acordado dar un baile para tener el gusto de bailar con usted.

JULIA Así me gusta.
JOV. 3.º Y venimos á pedirle dos cosas: primera, que fije usted el día.
JULIA ¿El día? Dificilillo va á ser... El martes, ¿les parece á ustedes el martes?
JOV. 4.º Día aciago.
JULIA Bailando no se nota.
JOV. 1.º Muy bien dicho.
TODOS ¡Bravo, bravo!
JULIA Pues el martes.
JOV. 3.º Y ahora la segunda parte. Queremos organizar un cotillón.
JULIA Un cotillón... ¡Magnífico!
JOV. 2.º Y queremos que usted, que estará más acostumbrada, si no le molesta, nos dé alguna idea para las figuras..
JULIA ¿Las figuras? ¡Ah! Sí. Me parece que tengo un periódico inglés con unas muy bonitas y muy nuevas. ¿Usted es el presidente del Casino, verdad, don Gumersindo?
GUM. Sí, señora; honorario.

- JULIA Buena revolución vamos á armarle á usted. Por supuesto que el cotillón de honor lo baila usted conmigo.
- GUM
JULIA ¡Señora, yo!
Quéjese usted, después que va usted á ser el rey de la fiesta. (Entre tanto se han formado grupos. Marcela con Enrique y los Muchachos con las Muchachas.)
- PAS. Muy bien, muy bien.
DAI. Muchachas saludatles.
PAS. Hay espectáculos que alegran las canas, ¿eh, don Severo?
- SEV ¿Quiere usted callarse?
CAN. Tiene el diablo en el cuerpo.
GERT. Hay que tomar una resolución.
CAN. ¡A la brecha, Plinio!
PLINIO Dispuesto estoy.
TOM. ¡Hijo, ten prudencial!
SEV (Confidencial á don Gumersindo.) ¡También (as otras llevan medias caladas!
- GUM.
CAN. ¡Don Severo!
¡Es un escándalo! ¡un verdadero escándalo!
(Se separan unos de otros y pasean por la escena con gran agitación. Unos hacen gestos de indignación. Don Don Pascual, de mal disimulado regocijo. Dalman y don Severo tienen expresión ambigua, como si quisieran alegrarse y no se atrevieran. Don Tomas, de tristeza resignada. Plinio, de orador satisfecho de sí mismo.)
- JULIA Quedamos en eso.
SEÑORAS Gracias, gracias.
SEÑ. 1.^a Es usted muy amable.
JULIA Nada de eso.
JÓV. 2.^o Se hará todo lo que usted quiera. Votaremos un crédito extraordinario.
JULIA ¿Y si les arruino á ustedes?
JÓV. 3.^o Usted se lo merece todo.
TODOS Todo, todo.
JULIA Así me gusta á mí la gente: entusiasta.
SEÑ. 1.^a Con permiso de ustedes, nos retiramos.
JÓV. 1.^o Y nosotros también. Hasta luego.
JULIA Hasta mañana, niñas. Hasta luego, señores.
JÓV. 3.^o Que la esperamos á usted de seguro.
JULIA No faltaba más. ¡Adiós, adiós, adiós!
SEÑORAS Adiós, Marcelita.

- JÓVENES Señores, buenas tardes.
SEÑORAS Adiós doña Gertrudis y la compañía.
JULIA Qué niñas más simpáticas, ¿verdad, Gertrudi?
- GERT. Mucho. Vamos, Marcela. (Sale con Marcela y el Doctor la sigue, no sin mirar antes á Julia con aire entre curioso y galante. Julia hace un gesto entre asombrado y risueño.)
- JULIA ¡Y qué galantes los muchachos! Ya puede usted estar orgulloso de los socios de su Casino, don Gumersindo.
- GUM. Mucho. (Sale seguido del Canónigo que mira á Julia como al demonio.)
- JULIA Pero, ¿qué le pasa á esta gente, don Severo? ¿También usted se marcha?
- SEV. También, señora.
- JULIA ¿Y usted, don Pascual?
- PAS. También señora.
- JULIA ¿Y tú, Tomás? (Don Tomás se aleja resignado) Por lo visto esto es una conjura. (Los mira marchar á todos: se asombra; se pone muy seria; después se sonríe y mira en derredor hasta que ve á Plinio.)

ESCENA XI

JULIA y PLINIO

- JULIA ¿No te vas tú también?
- PLINIO No, me quedo.
- JULIA Me alegro; así me explicarás por qué se han marchado los otros.
- PLINIO Cuando usted guste.
- JULIA ¡Luego hay una explicación! (Pausa.) Habla. (Pausa) Vamos, lo tendré que decir yo. ¡Me tienen miedo! ¡Já, já, já!
- PLINIO No se ría usted.
- JULIA ¿El caso no es de risa?
- PLINIO No, señora.
- JULIA Pues lo siento tanto. (Pausa: se sienta en la mecedora, y mirándole muy gravemente parece esperar lo que él ha de decir, pero cuando se dispone á comenzar el discurso, se le adelanta.)
- PLINIO Señora...

- JULIA Con que miedo, ¿eh?
PLINIO Cuando usted lo dice...
JULIA ¿Y tú no tiembles?
PLINIO No creo que haya motivo para temblar.
JULIA Así me gusta. ¡Dame la mano! Hijo, tú te lo pierdes. (Pausa.—Se mece mirándole á burtadillas: él duda un momento; luego se decide á volver á empezar el discurso; ella le interrumpe inmediatamente.)
PLINIO Señora ..
JULIA ¿Conque miedo, eh?
PLINIO No, señora.
JULIA Respeto, vamos.
PLINIO ¡Tampoco!
JULIA ¡Ah.. tampoco! ¡Digo si son galantes los sabios!
PLINIO Aquí no se trata de galantería.
JULIA Pues mira, es lástima.
PLINIO ¿!por qué?
JULIA Porque se trata de mí.
PLINIO ¡Ah!
JULIA De mí... que soy mujer.
PLINIO Señora: ante la serenidad de lo intelectual, la cuestión de sexo no significa nada.
JULIA También es lástima.
PLINIO A usted, por lo visto, le da lástima todo.
JULIA ¿No ves que si no me va á dar risa?
PLINIO Con usted no se puede hablar.
JULIA Eres el primer hombre que me lo dice.
PLINIO Y usted la primera mujer...
JULIA (Acercándose.) Que te ha mirado cara á cara. No te asustes, que no tengo mirar de basili-
PLINIO ¡Haga usted el favor de no acercarse!
JULIA ¡Já, já, já! (Vuelve á sentarse en la mecedora á mecerse.—Pausa.—Plinio se acerca un poco.) Conque miedo. ¿eh? (Plinio, ya furioso, va al fondo del jardín.) ¿Te has enfadado? No vale la pena. Acércate. Siéntate en esa silla. Vamos á hablar en serio. Te prometo que en serio. (Plinio se sienta.) ¡Ajaja! Ya comprendo yo... el disgusto tan grande que causa tener un discurso preparadito y no poderle pronunciar. No te levantes. Porque tú traes un discurso preparado, no me lo niegues. Te lo he conoci-

do en el ceño y en el estirarte los puños de la camisa: ese es un gesto muy oratorio. Te he hecho rabiar un poco. Perdóname. En cambio ahora soy toda oídos. Empieza. (Pausa.) Empieza, hombre; si no me enfado... ni me sorprendo. (Pausa.) ¿Quieres que empiece yo? ¡Ejém! ¡ejém! Capítulo de cargos... ¿Voy bien?

PLINIO Sí, señora. Capítulo de cargos.

JULIA Si me sé yo el discurso de memoria. Pero pronúnciale que me gustará oírtele, siquiera para estar segura de que no me equivoco.

PLINIO (Un poco desconcertado.) Señora, yo...

JULIA En primer lugar no me llames señora: me llamo Julia. No te dé vergüenza: si aunque soy tu tía... política, no te llevo más que cinco años. Julia: dí Julia.

PLINIO Julia.

JULIA Con un poquito más de calor.

PLINIO Julia.

JULIA ¡Qué raro suena dicho por tí! No parece mi nombre, ¿verdad?

PLINIO Verdad.

JULIA Además eres el único de la familia que me dice de usted. Háblame de tú.

PLINIO Eso nunca.

JULIA Como quieras. Ea, ya estamos serios. Dime eso que me tienes que decir. (Le mira muy atenta como una criatura.)

PLINIO Esta era una casa tranquila.

JULIA Ya, ya.

PLINIO Seria.

JULIA Demasiado.

PLINIO En la cual el tiempo estaba repartido entre el estudio...

JULIA Y el aburrimiento

PLINIO No, señora.

JULIA Julia.

PLINIO Julia.

JULIA Eso es. Sigue.

PLINIO ¿Para qué?

JULIA ¿Ya te has desanimado?

PLINIO Es que comprendo que sería inútil todo lo que dijese.

- JULIA ¿Por qué?
PLINIO Somos de un mundo muy distinto.
JULIA En eso sí que tienes razón. Y ya que tú renuncias á tu discursito, pronunciaré yo el mío. Eres un chiquillo.. Sí, ya lo sé, veintitrés años, pero veintitrés años conservados en ciencia, como en almíbar. Vives... de teorías, y eso no puede ser. En el mundo hay que vivir de vida... es decir, ¡no te asustes! de amor. Si tú también estás enamorado; porque de los veinte á los treinta (mi experiencia no va más allá) no hay vida sin... eso. Estás enamorado de tus teorías; pero tienen la cara fea y el corazón seco.
- PLINIO Me bastan.
JULIA Enhorabuena, entonces. Vive feliz. Los conejos de Indias en el laboratorio, puede que sean una ilusión como otra cualquiera; consévala; pero no te metas á destruir ilusiones ajenas, ni á censurar en nadie el amor que no sientes y la alegría que no conoces.
- PLINIO ¿Habla usted por Marcela?
JULIA Por Marcela y por mí y por todo el mundo. ¿Con qué derecho vas á decirle á ella: «no quieras, ni á mí: no te rías» si á ella el cariño y á mí la alegría nos hacen tan felices como á tí la Historia Natural? Eso suponiendo que tú seas feliz.
- PLINIO No necesito fantasmas para serlo.
JULIA ¿Fantasmas?
PLINIO Ó mentiras.
JULIA ¡Mira que hay mentiras que tienen una cara!...
- PLINIO No me hable usted de amor.
JULIA Ahora eres tú el primero que le nombras.
PLINIO Pero no quiero nada con él.
JULIA Pues pierdes la vida miserablemente.
PLINIO La gano para la ciencia.
JULIA ¿Para la ciencia?
PLINIO Para la Humanidad, si á usted le parece mejor. Inventaré, descubriré...
- JULIA ¿Un suero contra las ilusiones?
PLINIO Ó contra lo que sea.

JULIA Y después de muerto te levantarán una estatua, ¿verdad?

PLINIO ¿Por qué no?

JULIA Y te servirá de bastante si mientras vivías nadie te dió un abrazo.

PLINIO Siempre viene usted á parar á lo mismo,

JULIA ¡Qué remedio, hijo! La tierra es redonda. (Pausa.) Chiquillo, chiquillo: mírame. Estás en lo mejor de la vida; no lo echés á perder para siempre; abre los ojos; mira tus veinte años que pasan cantando; no los dejes marchar porque no vuelven. Alégrate; haz una locura, siquiera una locura chiquitita. ¡Sé feliz, por los clavos de Cristo!

PLINIO Lo soy.

JULIA Me alegro... pero...

PLINIO Lo soy.

JULIA Pero lo dudo. Cuando te despiertas por la mañana y ves la luz que entra por las rendijas te da un salto el corazón pensando: «un día más, un día más que voy á vivir» y te tiras de la cama cantando y dispuesto á reírte con los primeros ojos que te encuentres. ¿Le has dado algún día un abrazo á tu madre con tanta alegría de cariño que casi te haya hecho llorar? ¿Has oído pasar por la calle una murga, y has cogido á tu hermana y te has puesto á bailar con ella, y os habéis reído como locos sin motivo ni fundamento? ¿Has visto una noche á tu padre sentado á la mesa, leyendo sus libretes, como cansado, y no te ha entrado de repente un calor en el corazón y has ido á darle un beso ó á ponerle la mano sobre el hombro sin pronunciar palabra, pero como diciendo: «padre, que estoy aquí»? ¿No has cogido nunca un libro de versos á la hora de la siesta? ¿No has tenido en las noches de Agosto una novia, rubia ó morena, fea ó bonita, que te haya dicho: «¿Me quieres, Plinio?» ¡Entonces, no digas que sabes lo que es ser feliz!

PLINIO ¿Usted duda de que yo lo sea?

JULIA Y me parece que empiezas á dudarle tú.

PLINIO Eso nunca.
 JULIA Más vale así. (Pausa.) Chico, qué serios nos hemos puesto. (Pausa.) Esto no puede seguir así. ¿No dices nada? ¿En qué estás pensando? Plinio, Plinio. ¿Te marchas? ¿Hacemos las paces?

PLINIO Como usted quiera.
 JULIA Como usted quiera. Cuando se hacen las paces hay que sonreír. ¡Ajaja! ¿Prometes que serás niño bueno de aquí en adelante? ¿que cuando oigas reír no fruncirás el ceño? ¿que te reirás tú también de cuándo en cuándo? ¿que te enamorarás antes de una semana? El que calla otorga. Mírame, hombre, y no te ruborices: de los arrepentidos quiere Dios.

ESCENA XII

DICHOS y el DOCTOR DALMAU. El Doctor se asoma con precaución y mira á todas partes

JULIA (Al Doctor.) Acérquese usted, que no muerdo. ¿Viene usted á ver que ha sido de Plinio? Aquí le tiene usted sano y salvo. No es tan fiero el león como le pintan, ¿verdad?

DAL. Señora, yo...

ESCENA XIII

DICHOS y DON TOMÁS, que baja como á regañadientes

JULIA ¿Otro? ¡Ah! ¿Eres tú que vienes de refuerzo? Y usted, y usted... y ustedes... Pues, amigos, llegan ustedes tarde.

SEV. ¿Qué?

PAS. ¿Qué?

GERT. ¿Qué dice?

DAL. Plinio se rinde.

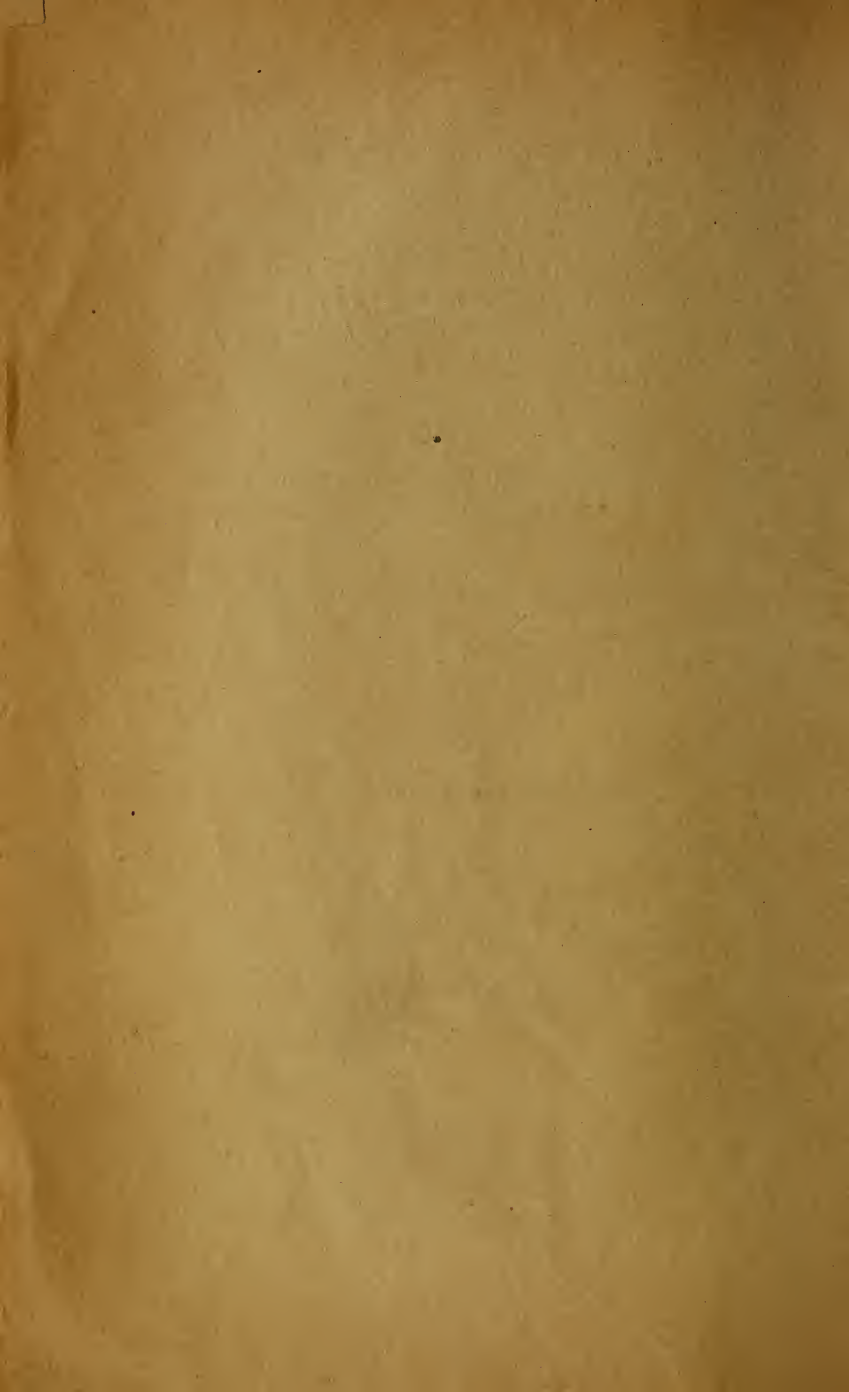
SEV. ¿Que Plinio se rinde?

GERT. ¿Que te rindes?

CAN. No me sorprende.

GERT. ¿Es eso, verdad, hijo?
PLINIO Madre, no lo sé.
GERT. Pero tú, ¿qué le has dicho?
PLINIO No le he dicho nada.
SEV. Entonces, ¿qué ha pasado?
GUM. ¿Qué ha pasado?
PLINIO ¡Déjenme ustedes en paz! (sale.)
GERT. Plinio, Plinio. Pero ustedes, ¿qué hacen que no la combaten?
SEV. Señora, yo...
GUM. Yo, francamente...
PAS. Señora, yo...
JULIA ¡Já, já, já!
GERT. ¡Ay, Dios mío! Estos sabios ya no son sabios, son hombres.

FIN DEL ACTO SEGUNDO





*En la mesa carpeta y tintero con
plumas y tinta verdad - el sello
y resaca de... de la mesa e
la orga... con dos sillas*

ACTO TERCERO

*San Pino, Plumas para escribir (8) y un
cuaderno (3 tarjetas)*

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

JULIA, MARCELA, JÓVENES 1.º, 2.º y 3.º Al levantarse el telón
Julia acaba de decir algo y hay un silencio, durante el cual los Jó-
venes se miran unos á otros, como aterrados; al fin el Joven 1.º rom-
pe á hablar

- Jov. 1.º ¿Dice usted que hoy mismo?
JULIA Hoy mismo.
Jov. 2.º ¿Que se marcha usted esta misma tarde?
Jov. 3.º Señora, eso no puede ser.
Jov 1.º No puede ser.
Jov. 2.º No puede ser.
JULIA ¿Qué le haremos? Mi marido...
Jov. 1.º ¡Feliz mortal!
JULIA Me llama. Y creo que está en su perfecto
derecho.
Jov. 3.º ¡Ay!
Jov 2.º ¡Ay!
Jov. 1.º ¡Ay! ¿De modo que el baile, nuestro segun-
do baile?...
JULIA Le bailarán ustedes muy alegres, acordán-
dose de mí... al cotillón, por ejemplo.
Jov. 1.º Señora, no sé si le bailaremos ó no le baila-
remos, pero lo que sí puedo asegurarle es

- que no necesitamos cotillones para acordar nos de usted.
- JULIA Muchas gracias.
- JOV. 2.º (sacando un cuadernito.) ¿Qué ha dicho usted?
- JULIA Que muchas gracias.
- JOV. 2.º (Apuntando.) Gracias.
- JOV. 1.º No es lisonja, señora; es pura justicia. Somos jóvenes, pero entusiastas... En cuanto llegó usted, en cuanto la vimos, quedamos todos prendados de su... de... de usted, ¿por qué no decirlo?
- JULIA ¿Todos?
- JOV. 3.º Sí, todos.
- JOV. 2.º ¡Y más que hubiera habido!
- JOV. 1.º Prendados en corporación
- JULIA ¡Nunca me lo hubiese figurado!
- JOV. 1.º Ni nosotros tampoco; pero... ya ve usted... el pueblo... usted... nosotros... en fin, ¡que Dios le pague á usted el bien que nos ha hecho!
- JULIA ¿Yo... á ustedes?
- JOV. 3.º A nosotros en general y á los tres en particular.
- JOV. 1.º Ha transformado usted nuestra vida con su presencia.
- JOV. 3.º Con su hermosa presencia.
- JULIA ¡Jesús! Eso ya es adularme.
- JOV. 2.º (Apuntando.) ¿Ha dicho usted adularme?
- JULIA Adularme.
- JOV. 2.º Gracias.
- JOV. 1.º No señora, no. Nos ha traído usted alegría, animación, vida.
- JULIA Me dejan ustedes confusa.
- JOV. 2.º ¿Cómo ha dicho usted?
- JULIA Que me dejan ustedes confusa.
- JOV. 2.º (Apunta.) Confusa... Gracias.
- JULIA Pero, ¿qué hace usted, hombre?
- JOV. 2.º Nada... usted perdone... apunto sus palabras.
- JULIA ¿Es usted periodista?
- JOV. 2.º Para servirla.
- JULIA Me asusta usted.
- JOV. 2.º No hay de qué, señora. Estas notas no son para el público: las tomo...

- JOV. 1.º Las tomamos...
- JOV. 2.º Para guardar un recuerdo de usted.
- JULIA ¡Ah!
- JOV. 1.º Y á propósito de recuerdo: no... nosotros traíamos una pretensión.
- JOV. 3.º Un atrevimiento.
- JOV. 2.º Mejor dicho, tres atrevimientos.
- JULIA ¡Por Dios, no se atrevan ustedes tanto!
- JOV. 1.º No podemos menos de atrevernos.
- JULIA Ea... pues ustedes dirán.
- JOV. 1.º Quisiéramos, usted perdone, que nos firmase usted tres postales.
- JOV. 3.º Eso es, tres postales.
- JULIA ¡Tres!
- JOV. 2.º Una á cada uno.
- JULIA ¡Já, já!
- MAR. ¡Já, já! Si que son ustedes atrevidos
- JOV. 3.º No se ría usted, señora, que lo decimos en serio. Nada más que su letra finísima... (porque la debe usted tener finísima...) No hacen falta pensamientos sublimes.
- JOV. 2.º Su firma de usted ya es sublime.
- JULIA ¿Y qué van ustedes á hacer con mi firma?
- JOV. 1.º Primero enseñársela á todo el mundo.
- JULIA No me parece mal.
- JOV. 1.º Después la pondremos en un marco, y será un recuerdo que miraremos cuando seamos viejos, como dulce memoria de juventud.
- JOV. 3.º Eso es.
- JOV. 2.º Eso es.
- JULIA Si con tan poco puedo complacerles...
- JOV. 1.º ¿Accede usted?
- JULIA Denme las tarjetas y las firmaré. (Se sienta á firmarlas.)
- JOV. 3.º ¡Qué mujer!
- JOV. 2.º ¡Que líneal!
- JOV. 1.º ¡Qué aire para firmar!
- JOV. 2.º ¡Es usted un ángel!
- JOV. 3.º ¡Una diosa!
- JOV. 1.º ¡Estamos conmovidos!
- JULIA ¿En corporación?
- JOV. 1.º En corporación y uno á uno.
- JOV. 2.º Gracias.
- JOV. 3.º Mil gracias.

Jov. 1.º Si alguna vez necesita usted un hombre que se deje matar por usted, aquí tiene tres víctimas á punto. Tres vidas disponibles. (Salen.)

ESCENA II

JULIA y MARCELA

JULIA (Riéndose suavemente.) ¡Pobres muchachos!
(Pausa.)

MAR. No te rías, que tienen razón. Te vas, te vas... ¿por qué te vas? Ahora que los tienes á todos embobados... á don Gumersindo, á don Severo, á mi padre, á Plinio...

JULIA No me digas eso

MAR. ¿Te molesta oírlo?

JULIA Me da un poquito de remordimiento. Sí, ahora soy yo la de las filosofías. Todo se pega, como tú dices.

MAR. Remordimiento... y has traído la alegría á esta casa.

JULIA Más vale creer que ha sido la alegría.

MAR. Claro que sí.

JULIA Pregúntaselo á tu madre.

MAR. No hagas caso á mamá; los disgustos le hacen poca impresión. Y en cambio los demás, empezando por mí... ¿Cómo te pagaré lo que has hecho? Mi padre hace una semana que ni siquiera nombra al doctor. Plinio me ha visto esta mañana hablando por la reja con Enrique, y en lugar de enfadarse, me ha dado un abrazo. ¿Te ríes? ¡Gracias á Dios! No sé qué me da verte con la cara seria. ¡Si todos estamos tan contentos! No te vayas.

JULIA Por lo mismo que estais tan contentos, ya no me queda nada que hacer aquí.

MAR. Estás preocupada.

JULIA No, no.

MAR. Cuando estés en Madrid, entre tus gentes, con toda la alegría que debe haber siempre en tu casa, acuérdate de mí; ¿me lo prometes?

JULIA Te lo prometo; pero no te hará falta.
MAR. ¿Por qué no me hará falta?
JULIA Pregúntaselo á Enrique.
MAR. ¿Enrique?

Punto veintaseis y de
los años

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUE

ENR. (Desde la reja.) Buenas tardes... y adiós.
MAR. ¿Te marchas?
JULIA No pasa usted?
ENR. No puedo; voy deprisa. Tengo entre manos un negocio estupendo. Si me sale bien te vengo á buscar esta misma noche. Parece que están ustedes tristes.
MAR. Es que se marcha Julia esta noche.
ENR. ¿Cómo se entiende? ¿Sin dejarnos casados?
JULIA No se apure usted. Antes de marcharme arreglaremos el asunto definitivamente.
ENR. ¿A qué hora sale el tren? ¿A las siete? Voy y vuelvo al instante á decirle á usted adiós.
¡Ah! Prepárense ustedes á recibir visita.
JULIA. ¿Visita? ¿Quién?
ENR. Don Gumersindo, don Severo, el Doctor.
MAR. Es verdad, que hoy es sábado.
ENR. Vienen hechos tres brazos de mar; los he visto en la plaza. Por allí llegan dos. Diver tirse; hasta luego. (Sale.)
MAR. Adiós. Que vuelvas pronto.
JULIA Buena suerte.
MAR. ¡Qué modo de correr!
JULIA ¡Cómo que va á buscarte!
MAR. ¿Qué va á decir mi padre?
JULIA Que sí.
MAR. ¿Y mi madre, Julia?
JULIA ¡Marcelal
MAR. ¡Qué contenta estoy! (La abraza muy conmovida.)

ESCENA IV

MARCELA, JULIA, DON GUMERSINDO, DON SEVERO. Después
DON PASCUAL

Be la. túman ellos!
tome grande en rústica
Sin Puntos
marcelita
152

GUM. ¿Se puede entrar?
JULIA Adelante.
SEV. Señora... Marcelita.
JULIA Muy puntuales son ustedes hoy. Aún no es hora de empezar la lectura.
SEV. Nos hemos adelantado un poco por usted.
GUM. Justo... por usted.
JULIA ¿Por mí?
GUM. Queríamos charlar un ratito.
SEV. Yo le traigo á usted un pequeño obsequio. (Le da dos grandes volúmenes en rústica.)
MAR. ¡Pequeño!
SEV. Mi obra capital sobre la influencia de las Cruzadas.
JULIA ¿A qué debo el honor?
SEV. Primero á sus relevantes prendas morales... y después á su belleza plástica.
GUM. ¡Justo! A su belleza plástica.
JULIA ¡Por Dios, señores!
SEV. Desde Friné hasta nuestros días no creo que haya habido ejemplar de... señora... tan escultural como usted... ¡Ay!
GUM. ¡Ay! Tan turbadoramente escultural...
JULIA Ustedes me confunden.
SEV. Señora, los confundidos... los confusos... somos nosotros. (Pausa.)
JULIA Están ustedes muy elegantes.
SEV. ¡Psch!
GUM. ¡Bah!
SEV. ¡Poca cosa!
GUM. ¿Usted cree...?
JULIA Claro que sí. ¿Verdad, Marcela?
MAR. ¡Elegantísimos!
SEV. ¡Ay, señora, todo es obra de usted!
GUM. Justo: de usted.
JULIA ¡Mía!

- SEV. Usted ha traído á esta población una influencia estética que recordaremos por muchos años.
- JULIA Por muchos no será.
- SEV. Sí, señora, por muchos.
- GUM. Por muchos.
- SEV. Usted ha venido á despertar en el fondo de nuestras... de nuestros .. en fin... sensaciones desconocidas... ha transformado usted nuestras costumbres .. nos ha descubierto nuevos horizontes, que, ¡ay! no podíamos sospechar!
- GUM. ¡Ay, no!
- JULIA Lo siento.
- SEV. No lo sienta usted. Al contrario. ¡Si nos parecen muy bien los horizontes!
- GUM. Nos han rejuvenecido.
- SEV. Enternecido.
- MAR. # El veranillo de San Martín!
- PAS. (Entrando.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! (Don Gumer-sindo y don Severo se vuelven á mirarle, contrariados.)
- SEV. Muy bien, ¿qué?
- GUM. ¿Qué trae usted por aquí?
- PAS. Vengo á escuchar, como todos los días.
- SEV. Todavía no ha empezado la sesión.
- PAS. No importa... sigan ustedes... lo que iban diciendo... ¡También me gustan los discursos que no son del siglo XIV!
- SEV. ¿Me lo dice usted con segunda intención?
- GUM. ¿Con espíritu crítico?
- JULIA Vaya, no se disgusten ustedes por tan poco. Pasen á la biblioteca, que allí creo que están los demás... Hasta luego.
- GUM. ¡Señora...!
- SEV. ¡Señoral! (Salen)
- JULIA Y usted á escuchar, que hoy la sesión va á ser interesante.
- PAS. ¡Ay, señora! ¡Si pudiera hablar no escucharía! (Sale.)
- MAR. ¡Já, já, já! ¡Pobres viejos!
- JULIA (Abriendo el libro que apenas puede sostener: lee la dedicatoria.) «A Julia, lozana y meliflua musa de la alegría en esta histórica urbe castellana... en prenda de admiración intelectual,

ética y estética, dedica este ligero estudio su entusiasta y devoto: El autor.» ¡Ay de mí!

ESCENA V

MARCELA, JULIA y el DOCTOR DALMAU

DAL. ¿Se puede entrar?
JULIA ¿Qué? ¿Quién?
DAL. Servidor.
MAR. Hasta luego. (Marcela sale.)
DAL: Todo sea por Dios. (A Julia.) Buenas tardes, señora.
JULIA Buenas tardes, doctor.

ESCENA VI

JULIA, DOCTOR DALMAU, después PLINIO

DAL. ¿Usted ha visto?
JULIA No. ¿Qué pasa?
DAL. Marcela huye de mí.
JULIA ¡Qué ha de huir! Se retira.
DAL. Pero se retira con tanta insistencia... que empiezo á sospechar... que no me quiere.
JULIA Es natural.
DAL. ¿Que ella no me quiera?
JULIA Que usted lo sospeche.
DAL. ¿Es que acaso usted lo había sospechado?
JULIA ¡Qué ramo tan hermoso!
DAL. ¿Le quiere usted?
JULIA No sé si debo...
DAL. Puede usted recibirle sin escúpulo.
JULIA ¡Ay, doctor! Me figuro que no le traía usted para mí.
DAL. Accidentalmente, no, ¿á que negarlo? Pero esencialmente puede que sí.
JULIA ¿Cómo?
DAL. Sí... porque hasta que la he conocido á usted nunca se me había ocurrido cortar un ramo de flores para nadie.

- JULIA ¡Cómo lo arregla todo la filosofía!
DAL. No es filosofía, señora, es lógica.
JULIA (Casi con espanto.) ¡¡Ah!
DAL. Tómelo usted, se lo ruego.
JULIA (Cogiéndolo con tanta precaución como si llevase la lógica dentro.) Sí que son bonitas las flores.
DAL. Bonitas.
JULIA Y huelen muy bien.
DAL. ¡Psch!... Como casi todas las cariofileas. Si señora; cariofileas.
JULIA Pues parecen claveles.
DAL. Sí señora: es lo mismo.
JULIA ¡Ah! Es lo mismo... Gracias.
DAL. No hay de qué. (Pausa.) ¡Ejémi! ¡ejémi! (Ella le mira.) ¿De modo que usted había sospechado que Marcela...?
JULIA No se preocupe usted por Marcela.
DAL. Es que me da pruebas de una desviación física... que francamente...
JULIA Un hombre intelectual no debe tomar en cuenta descabros de amor.
DAL. No señora, no es el descabro precisamente. Ya sé que el amor es una función cerebral, y sé hasta dónde puede llegar un cerebro de veinte años, escaso de sustancia gris. . pero aunque lo sé, me contraría casarme con una joven de corrientes magnéticas tan opuestas á las mías.
JULIA Pues no se case usted.
DAL. ¿Cómo?
JULIA No casándose... Marcela no es la mujer que le conviene á usted... Cuanto más la conozco más me convenzo de ello .. es ignorante.
DAL. No lo crea usted... sabe... sabe...
JULIA ¡Bah! Cuatro tonterías... un poco de latín, ¿ha podido sostener nunca una conversación .. sobre las células nerviosas?...
DAL. Eso no.
JULIA ¿Sabe una palabra sobre la estructura del cerebro?
DAL. ¡Qué ha de saber!
JULIA ¿Y qué va usted á esperar de una esposa que no sepa de células, por buena madre de familia que llegue á ser? ¿Es usted un hom-

bre de bata y zapatillas? ¿Ha de conformarse un sabio como usted con una mujer que no sepa más que dar sopas al niño y mecerle en la cuna? Usted necesita otra cosa.

DAL. Ya lo sé. Pero ¿dónde se encuentra?

JULIA ¡Vaya usted á saber!

DAL. Entonces...

JULIA Pero no faltará, créame usted á mí. El mundo es grande... y hay mujeres para todos los gustos... La dificultad está en encontrarla... pero en cuanto la encuentre usted... ¡ay, doctor! ¡qué vidita se van á dar ustedes! Vida intelectual... llegar á casa y en lugar de sentarse á la mesa y embrutecerse con los alimentos, irse al laboratorio é investigar y buscar y seguir al microscopio las evoluciones... de lo que sea...

DAL. De las células...

JULIA De las células, claro... Y ella, en vez de entrar en la cocina, irse á la biblioteca y engolfarse en los libros.

DAL. Científicos.

JULIA Cuanto más científicos mejor... En vez de hablar de tonterías sentimentales, sostener discusiones filosóficas... y luego... cuando llegue la noche resumir lo que se ha hecho durante el día... y quererse, sí, señor, quererse... pero no como se quiere la gente vulgar, con cuatro besos inútiles, sino con todos los conocimientos, con amor reposado, consciente, con el único amor que es amor.

DAL. Ese sería mi ideal.

JULIA Pues ese no podrá usted realizarlo con Marcela.

DAL. ¿Usted cree?...

JULIA Será capaz de tener doce hijos... como las especies inferiores.

DAL. Tal vez tiene usted razón.

JULIA ¡Y tanta!

DAL. El caso es que este matrimonio entraba en mis cálculos. Yo le dije á mí yo: «Tú, es decir, yo, necesitas una compañera». Mi yo me dijo: «Aquí la tienes: esta es la esposa que te conviene»; pero si el yo de ella, como

usted afirma y yo voy empezando á creer, teniendo en cuenta sus desviaciones, si el yo de ella me dice: «no te quiero», los cálculos se vienen á tierra... y no habrá más remedio que resignarse...

JULIA Gracias á que usted lo toma con filosofía... Es usted de hielo, doctor.

DAL. No, señora. También tengo mis pasiones correspondientes... pero refrenadas: amores, que usted dice; exacerbaciones del sistema nervioso, que digo yo. ¿Usted se figura que cuando veo á una mujer (Se acerca.) de las que tienen ojos... digamos negros (La mira.) no me paro á recibir impresiones? Pues, si señora, me paro, y hasta le diré á usted que con gusto. ¡Claro que no me quedo con la boca abierta!... pero estudio, calculo, miro si me mira, la vuelvo á mirar y si las corrientes continúan... (Se acerca.)

JULIA ¡Qué hace usted! (Retirándose.)

DAL. ¡Me convierto en ser inferior y la abrazo! (Quiere abrazarla.)

JULIA (Indignada) ¡Doctor!

DAL. Perdón, señora... á veces pierde uno el libre albedrío.

JULIA (Casi riendo,) ¡Qué horror!

DAL. ¿Se ha enfadado usted?

JULIA ¡Naturalmente!

DAL. Hace usted mal.

JULIA ¡Hago muy bien! ¡Habrás visto!

DAL. Es usted un caso de atracción violenta... fascinadora... una sirena *vaxtatris*.

JULIA ¡Mire usted que me vuelvo á enfadar!

DAL. No, señora.

JULIA ¿Y aquellas teorías sobre la mujer?

DAL. Sigo profesándolas.

JULIA Ya se conoce.

DAL. Reniego de las mujeres... en plural; pero en singular y sobre todo en particular... ¡ay de mí!

JULIA Hasta á suspirar ha aprendido usted. (El Doctor, que es un fresco, hace un gesto medio de resignación, medio de picardía.)

DAL. ¡Hasta á suspirar, si señora! (Entra Plinio; viene

tan distraído que casi tropieza con el Doctor.) Buenas tardes, Plinio. Absorto te veo.
PLINIO (Secamente.) Mi padre está en la biblioteca.
DAL. Voy allá, voy allá. (Mira á Plinio de pies á cabeza con curiosidad y burla; mira á Julia.) ¡Señor! . . (Se inclina, duda si marcharse ó si quedarse, pero como ella está bastante seria, sale precipitadamente.)

ESCENA VII

JULIA y PLINIO

PLINIO No se vaya usted.
JULIA ¿Qué dices?
PLINIO Que se quede usted aquí.
JULIA Lo siento mucho, hijo, pero tengo que cerrar las maletas.
PLINIO ¡Las maletas!
JULIA Las maletas. Me marchó esta tarde, ¿no lo sabes?
PLINIO Me lo había dicho mi madre, pero no lo había querido creer. ¿Se va usted?
JULIA Sí, me voy. Hasta luego.
PLINIO ¡Ay de mí!
JULIA ¿Qué dices?
PLINIO Digo que ¡ay de mí! (Precipitándose sobre ella.) No se mueva usted de esta casa.
JULIA ¡Pero tú estás loco!
PLINIO No quiero que se mueva usted de esta casa.
JULIA Vamos, chiquillo, no digas tonterías.
PLINIO No quiero que me llame usted chiquillo.
JULIA (sonriendo.) Vamos, Plinio.
PLINIO No quiero que se ría usted de mí.
JULIA Eso ya va á ser un poco más difícil... si te empeñas en decir desatinos.
PLINIO ¿Es un desatino el que yo le diga á usted que la quiero?
JULIA Grandísimo.
PLINIO Pues la quiero á usted, ea, la quiero, la quiero.
JULIA Enterados. (Va á salir.)
PLINIO ¿Con esa tranquilidad lo toma usted?

- JULIA ¿Qué quieres que le haga?
PLINIO Quiero que me quiera usted á mí.
JULIA Lo siento mucho; pero así, tan de pronto, no va á poder ser.
PLINIO ¿Tan de pronto?
JULIA Vamos, tan por sorpresa.
PLINIO Le sorprende á usted mucho, ¿verdad?
JULIA Sí, hijo mío, muchísimo.
PLINIO Atrévase usted á decir que le sorprende, que no lo sabe usted de sobra, que no había usted notado nada.
JULIA (Sonriendo á pesar suyo.) En efecto, he notado hace unos días...
PLINIO ¿Qué?
JULIA Que debes estar haciendo colección de pañuelos y guantes; todos los que he perdido esta semana te los has encontrado tú.
PLINIO ¿Y eso no le ha dicho á usted nada?
JULIA Tratándose de tí, no mucho. ¡Vaya usted á saber para que colecciona pañuelos y guantes un hombre de ciencia!
PLINIO No hablemos ahora de la ciencia.
JULIA Por mí no hablemos.
PLINIO Y no se burle usted de un... amor... de que después de todo tiene usted la culpa.
JULIA ¿Yo?
PLINIO Usted me ha dicho no sé cuantas veces: «Enamórate, Plinio.»
JULIA Pero no de mí.
PLINIO Permitame usted que le diga que en la elección de sujeto soy perfectamente libre.
JULIA Permitido, pero yo no lo soy.
PLINIO ¿Por qué?
JULIA Pregúntaselo á mi marido.
PLINIO Su marido de usted no tiene nada que ver en este asunto.
JULIA Hombre... hay opiniones.
PLINIO La de usted, por ejemplo.
JULIA Pongamos que la mía.
PLINIO No, no.
JULIA Me gusta.
PLINIO No puede ser... ¿por qué no ha de quererme usted, usted que tan bien sabe enseñar el cariño? Además, yo no puedo vivir sin

que usted me quiera... No vuelva usted á decirme que no es libre... eso son sofismas, mentiras sociales. La vida... la vida natural no sabe de esas cosas... los ojos se miran... las manos se buscan... las bocas se desean... el amor es amor y el amor siempre es libre... y debe serlo.

JULIA ¡Ay, Plinio, ese es demasiado naturalismo para mí!

PLINIO Porque vive usted en un mundo convencional, lleno de hipocresías, de mentiras.

JULIA Por eso debe ser. Buenas tardes.

PLINIO Julia, Julia... no se vaya usted... soy un necio, un mal educado... la quiero a usted con toda mi alma y no encuentro palabras con que decírselo.

JULIA No hacen falta, Plinio, (suavemente.) porque no me las debes decir.

PLINIO ¡Si la quiero á usted!

JULIA No debes quererme.

PLINIO Pues la quiero á usted.

JULIA No quiero que me quieras.

PLINIO ¡Pero usted se figura que yo la quiero porque quiero quererla! (Llora casi con rabia, como una criatura. Pausa, durante la cual Julia, alternativamente, medita y sonríe.)

JULIA ¿Qué te pasa? Levanta esa cabeza. Me he lucido. ¡Te he querido enseñar la alegría y te cuesta llorar el aprenderla! ¡Ay, ay, ay! Oyeme, Plinio: yo no soy sabia como tú, pero... verás... escucha.

PLINIO ¿Va usted á decirme que me quiere, que me querrá?

JULIA ¡Ay, hijo, que vivos de genio sois los sabios! Entonces no quiero escuchar nada.

PLINIO Pues yo te lo quiero decir, ea. Has de saber, chiquillo... sí, chiquillo simpático, que te estás engañando á tí mismo... Ten paciencia, que el sermón va á ser corto. Tú crees que me quieres tanto y cuánto... pero afortunadamente no me quieres á mí.

PLINIO ¿Que no la quiero á usted?

JULIA ¡Silencio! No me quieres á mí... quieres al amor.

- PLINIO Es lo mismo.
JULIA No.
PLINIO Sí: el amor para mí es usted.
JULIA Porque cuando te ha entrado el deseo de querer, he sido la primera mujer que se te ha puesto delante.
PLINIO Por lo que sea... ya no tiene remedio.
JULIA ¿Pues no le ha de tener, criatura?
PLINIO No, no; será una pena y muy amarga para toda mi vida.
JULIA Será una melancolía muy dulce de contar á la primera novia que tengas.
PLINIO Nunca tendré novia.
JULIA Novias.
PLINIO Nunca.
JULIA Si se te conoce en los ojos. ¡Más enamorado vas á ser!
PLINIO Bien escarmentado quedo del amor.
JULIA Pero si te digo que esto no es amor, no es amor.
PLINIO Pues, ¿qué es?
JULIA ¡Qué sé yo!... gana de enamorarte. Mirame; si tú mismo lo has dicho... si me quieres sin quererme querer... si te cuesta llorar el quererme... No es amor, te digo.
PLINIO ¡Qué triste es la vida!
JULIA Te digo que no.
PLINIO Le digo á usted que sí.
JULIA ¡Ay, hijo mío, que terco te pones! No, no, y no... la vida no es triste, no es triste, ni siquiera para los tontos que no saben conque llenarla; figúrate si va á serlo para tí que sabes tanto y cuanto y no tendrás nunca el alma vacía.
PLINIO ¡Maldita ciencia!
JULIA Alto ahí; no consiento que hables mal de la ciencia.
PLINIO ¿E- que va usted á defenderla ahora?
JULIA Naturalmente.
PLINIO ¿Después de haberse burlado tanto de ella?
JULIA Me he burlado de la cara fea que le hacéis poner los sabios; pero teniendo el corazón alegre y los ojos abiertos á toda la hermosura del mundo, venga sabiduría... Sí, venga

sabiduría, vengan conejitos de Indias, vengan microbios. Hemos quedado en que tienes que ser hombre célebre, en que vas á descubrir no sé cuantos sueros para bien de la Humanidad, en que tendrás estatuas... sin dejar por eso de tener alegría y cariño, y hasta hijos rubios, si á mano viene. ¡Poco á gloria que deben saber los besos después de seis horas de laboratorio! Ni siquiera sonrías. Señora.

PLINIO

JULIA

PLINIO

JULIA

PLINIO

JULIA

Julia. Ahora ya sé decirlo.

Pero tendrás que aprenderlo otra vez.

Para decirlo con indiferencia, ¿verdad?

No tanto (Pausa.) Mira, Plinio, vamos á separarnos como buenos amigos, ¿quieres? Yo tengo para tí una deuda grande; por mí has llorado las primeras lágrimas; perdóname las y siempre que la vida te haga llorar otras, piensa que hay un cariño de mujer, que aunque se ríe siempre, tendrá simpatía para ellas. Dame la mano, ¿quieres? ¿Me guardas rencor?

PLINIO

Cuando esté usted en su casa, cuando haga mucho tiempo que no nos hemos visto, ¿se acordará usted de mí?

JULIA

Sí, Plinio, sí.

PLINIO

¿Y se burlará usted de mí al acordarse?

JULIA

¡Chiquillo! Tú no sabes lo que agradece una mujer todo cariño que encuentra al paso... aunque no le recoja... porque no debe.

PLINIO

¡Julia!

JULIA

Con un poquitito menos de calor. (Mutis Plinio.)

algunos de Savage
ESCENA VIII

3. el amor
MARCELA, ENRIQUE y JULIA

Plano
ENR.

MAR.

JULIA

¡Hecho, hecho, hecho!

(saliendo.) ¿Qué te pasa, hombre?

¿Qué le sucede á usted?

ENR. Que traigo una noticia de las que hacen caerse de espaldas.

MAR. ¿Mala?

ENR. Qué ha de ser mala. ¡Estupenda! De esas que hay que ir las dando por entregas para que no le dé á uno un desmayo.

MAR. ¿Te ha tocado la lotería?

ENR. ¿Por quién me tomas?

MAR. ¡Acaba de una vez!

JULIA Diga usted, diga usted.

ENR. Que acaban de hacerme socio... ¡socio de una casa de automóviles de las más importantes... extranjera!

MAR. ¿De veras?

ENR. Y que casi soy rico, porque como lo seré es lo mismo que si ya lo fuese, y que nos iremos á viajar, y que te sacaré de esta ciudad que parece un cementerio suelto... y que nos querremos hoy en San Pedro, mañana en San Pablo y pasado mañana donde sea... que llevaremos la vida en automóvil... y que ya tengo independencia para escaparme contigo de este verjel de sabiduría.

JULIA Ya procuraremos que no tengan ustedes que escaparse; se casarán ustedes por buenas, Dios mediante.

ENR. Mejor... menos gasto de bencina. Pero que sea pronto. Ya saben ustedes que no me puedo entretener. Ya me he mandado hacer la ropa.

MAR. ¿De veras?

JULIA ¿Mucha?

ENR. Tres trajes de chauffeur, por de pronto: uno, de novio, de dril... pero con frac y sin anteojos negros, porque ese día te quiero ver de color de rosa... otro, de piel de fiera, para cuando venga á ver á la suegra, y otro, de pluma, para volar contigo. ¡Paloma!

MAR. ¡Tonto!

ENR. ¡Valiente defecto! ¡Te parezco tonto por que has vivido siempre en este instituto de... últimas letras...; pero en cuanto salgas de aquí verás como los tontos te parecen estos! ¡Ay, Marcela, qué abrazos les vamos á dar a

todos los ignorantes que encontremos por el mundo!

JULIA ¡Cálmese usted, que no es para tanto!
ENR. ¡Ay, sabios, sabios! Suerte que cuando se olvidan de serlo les nace una flor, y así has nacido tú.

MAR. ¡Y suerte que hay buenos jardineros!
JULIA ¡Ay, hijos míos, como están ustedes! ¡Qué empalago! ¡Y qué modo de perder el tiempo en tonterías!

ENR. Tiene usted razón. ¡Viva la vida! (Entra don Tomás.)

ESCENA IX

DICHOS y DON TOMÁS

TOM. # ¿Qué es esto? ¿Qué significan estas expansiones?

JULIA Que estamos contentos.

MAR. Eso es, contentos.

TOM. ¡Dichosos vosotros!

JULIA Es que también lo vas á estar tú. (Don Tomás niega con la cabeza.)

MAR. Sí, papáito.

ENR. Sí, don Tomás.

JULIA En cuanto te digamos el motivo: ¿no lo adivinas? (Señalando á Marcela y Enrique.)

TOM. Preferiría no adivinarlo.

MAR. ¡Ay, papá!

JULIA Pues harías muy mal si no lo adivinases, porque te privarías de una alegría... grande... la de ver á tu hija feliz.

TOM. ¿Piensas, hija mía, que casándose encuentra uno la felicidad?

MAR. Según quien sea el otro, papáito.

ENR. ¡Bravo!

TOM. ¿Y el... otro... eres tú á lo que parece?

ENR. Sí, don Tomás, y usted perdone... Siento darle á usted ese disgusto, pero no lo he podido remediar. En desagravio, le prometo á usted que será dichosa.

JULIA Vamos, Tomás, ¿qué dices?

TOM. Yo no digo nada: pero, ¿qué va á decir su madre?
JULIA Su madre es su madre... y dirá que sí..
TOM. ¡Pero habrá que oír cómo lo dice!
JULIA ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Gertrudis, vengan ustedes!

ESCENA X

DICHOS, DALMAU, SEVERO, GUMERSINDO, PASCUAL, PLINIO; después, GERTRUDIS. Los cuatro primeros entran por la puerta de las habitaciones. Plinio por la del jardín

DAL. ¿Llamaban ustedes?
PAS. Aquí estamos todos.
PLINIO (Con desdén.) ¿Es que va á empezar la lectura?
JULIA Sí, y hoy la empiezo yo.
PAS. ¡Muy bien, muy bien!
GUM. ¿De modo que nos reservaba usted una sorpresa? ¿También usted escribe?
JULIA No escribo, dicto. Abrese la sesión.
TOM. Llamemos á Gertrudis.
JULIA Ya vendrá, ya vendrá. Sí, señores; abro la sesión, no para leer, sino para dar cuenta al respetable senado (Todos saludan.) de una comunicación importante.
ENR. ¡Bravo!
PAS. ¡Perfectamente!
GUM. ¡Orden, orden!
JULIA Se trata de dos jóvenes que quieren casarse.
GUM. ¿En qué siglo?
JULIA Ahora mismo. Cuanto antes mejor.
SEV. Puede que sea interesante.
JULIA Estos novios... no históricos, son Enrique y Marcela. No hablaré de su amor porque la docta corporación (saludan.) no entiende de eso. (Protestas.) En nombre de Enrique, joven, buen mozo, soltero, inteligente y hombre moderno, he pedido la mano de Marcela, joven también, bonita como salta á la vista, hija de padre catedrático y de madre recatedrática... y en nombre de ella, el señor

Pastor - Sanchez - Bord
Sala = Saraya
P. y de

ya ban
py de
#

- don Tomás ha dicho que sí. (A mitad de discurso ha entrado doña Gertrudis.)
- GERT. ¿Qué significa este discurso?
JULIA Significa que ya no falta más que tu consentimiento para que se casen mis protegidos, y que te le pedimos lo más académicamente posible.
- ENR. ¡Bravo, bravo!
GERT. Pero estas cosas no se tratan así.
JULIA Eso va en gustos.
GERT. Es que Marcela está ya comprometida.
JULIA ¿Con el doctor Dalmau?
GERT. Con el doctor Dalmau.
JULIA El doctor Dalmau tiene la palabra.
DAL. ¡Ejém, ejém! Realmente, entre Marcelita y el que habla ha mediado algo; por parte... por mi parte mi aspiración estricta: por parte de ella su desviación obstinada. En mis planes de vida entraba el hacer de ella mi colaboradora. En los suyos, parece que no. Tal vez no ha nacido para la vida de observación: tal vez prefiere la vida nómada, y en eso no puedo complacerla. No creo que el casarse con... el joven sea cosa reprochable.
- ENR. ¿Qué ha de serlo!
DAL. Así es que por mi parte declino toda pretensión y me amoldo á las circunstancias.
- GERT. ¿Es decir, que renuncia usted?
DAL. Ésa es la palabra, renuncio. (Se sienta.)
GERT. No entiendo todo este jaleo.
PL'NIO Ni hace falta, mamá; que se casen.
GERT. ¿Tú también?
PIINIO ¡Ay! El amor es para la juventud.
GERT. ¿Pero qué microbio ha entrado en esta casa?
JULIA El microbio de la alegría.
GUM. Justo; de la alegría.
SEV. Eso es.
PAS. ¡Muy bien!
GERT. (A don Tomás.) ¿Y tú consientes?
TOM. Mujer, la vida es tan corta y tan triste que no vale la pena de oponerse.
GERT. No me sorprende. (A Julia.) De sobra he notado tus manejos. Pero no te saldrás con la tuya.

JULIA No te enfades. Si después de todo no ha pasado nada. Se casarán y serán felices.

GERT. ¡Qué sabes tú!

JULIA Lo serán porque no vivirán aquí.

GERT. Aquí vivíamos todos, y lo eramos antes de venir tú. Tú que has venido á traer el desorden.

JULIA Y que no se alegran todos de que le haya traído, ¿verdad?

GERT. ¡Ustedes... ustedes se alegran!

SEV. Regular.

GUM. Así, así.

PAS. ¡Mucho, señora, mucho!

DAL. ¡Jé, jé!

JULIA ¿Lo ves?

GERT. Porque te has valido de medios ilícitos.

JULIA Me he valido de la risa, ¿lo oyes? sólo de la risa para convencerlos. De lo que tú nunca has sabido darles: de un poco de sol de alegría. ¿Crees que basta con ser sabia para hacer feliz un hogar? De todo lo que pasa aquí tienes la culpa tú.

GERT. ¡Yol!

JULIA Tú, que siendo mujer y habiendo tenido veinte años has consentido que el padre de tus hijos sea pesimista: tú que tienes un hijo y no le has enseñado á querer, que tienes una hija y no la has enseñado á reir, que tienes amigos y no les ha temblado la voz un sólo día al pronunciar tu nombre. Tú que tienes un jardín y no se te ha ocurrido nunca poner unas flores encima de la mesa donde trabaja tu marido.

GERT. ¿Vas á venir tú á enseñarme la vida?

JULIA Yo, sí... Miralos... Todos están pálidos. Si en vez de tenerlos encerrados aquí los hubieses sacado á tomar aire y sol, á respirar mundo, no tendrían esa cara de penas, pero han vivido de pan mojado en tinta y tienen una tristeza de pergamino que da lástima verlos.

GERT. ¿Y ustedes no responden á esto?

JULIA ¡Qué han de responder!... Si me abrazarían de buena gana.

- DAL. ¡Ay, sí!
- JULIA Si ahora cuando me marche va á ser esta casa un valle de Josafat, media hora antes del Juicio.
- GUM. ¿Pero se va usted?
- JULIA Ahora mismo. ¿Ves cómo lo sienten?
- GERT. Porque eres coqueta.
- JULIA Porque tú no has sabido serlo.
- GERT. ¡Vete, sí, vete!
- JULIA No tengas prisa. (Suenan cascabeles.) Ya está esperándome el coche.
- DON. (Entra con un saquito de mano, un guardapolvo y un sombrero.) Señora... ya está todo (Julia se pone rápidamente sombrero y abrigo.)
- GERT. ¿Habras preparado esta retirada gloriosa?
- JULIA Me marchó no sé si más alegre ó más triste que cuando vine. He animado un poco á estos jóvenes... he rejuvenecido un poco á estos viejos. Las penas que dejo (Da la mano á Plinio.) serán pasajeras, y en cambio (Por Marcela.) alguien habrá aprendido á mirar cara á cara la alegría. Creo que no he hecho mal á nadie... y me voy á buscar á mi marido que ya debe estar echando de menos la risa.
- PLINIO ¡Julia!
- JULIA No quiero que me echen ustedes de menos, pero acuérdense ustedes de mí alguna vez, que eso siempre se agradece. Adiós, Tomás.
- TOM. ¡Yal!
- JULIA Adiós, Plinio.
- PLINIO Adiós.
- JULIA Doctor...
- DAL. ¿Quiere usted que la acompañe?
- JULIA No, no: señores... (A Marcela y Enrique.) Un abrazo para los dos, y que se den ustedes muchos en esta vida.
- MAR. ¡Dios te lo pague todo, Julia!
- ENR. Gracias. (Le da la mano.)
- JULIA ¿Y tú, Gertrudis?
- GERT. Anda con Dios. (Le da la mano fríamente.)
- JULIA (En la puerta.) Y nada de lágrimas. ¡Alegría! ¡Alegría! ¡A vivir, á vivir! (Les tira un beso con la mano y sale. Marcela y Enrique salen detrás de ella.)

mundo cascabeles

Julita

Sacnito y abrigo

para

P.

Para el Plinio

mucho, sí

de cascabeles

que ella

Todos los hombres quieren acompañarla, pero doña Gertrudis se pone en la puerta y les hace retroceder con un gesto trágico. Se sientan en sus sitios cabizbajos; hay una pausa; luego se oyen sonar los cascabeles.)

gloriosos
aristocráticos
ESCENA ULTIMA

DICHOS menos JULIA; el CANÓNIGO entra seguido de MARCELA y ENRIQUE

- ~~CAN.~~ Ya está fuera el espíritu maligno. La tranquilidad vuelve á esta casa.
- DAL. Sí, ya está fuera.
- SEV. Ya, ya.
- GUM. Sí, sí.
- CAN. Ya podemos volver á la vida plácida. ¿No es hora de leer, señores? Lea usted. Lea usted, que yo estoy no sé cómo.
- SEV. Todos estamos no sé cómo.
- CAN. Todos no; leeré yo.
- TOM. Permita usted un momento, señor Magistral. (Se acerca á Marcela y Enrique que están un poco aparte.) Si queréis cre- rme á mí, no escuchéis, hijos míos... si yo fuera vosotros ó pudiera volverme atrás, ¡ay! no escucharía. (se levantan y van junto á la ventana.) Continúe usted, señor Magistral... ¡Todo sea por Dios! Ya estamos resignados. (Mientras el Canónigo se dispone á leer cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA



Precio: DOS pesetas